



Mis sueños de papel

CANDELA CÓRDOBA

MIS SUEÑOS DE PAPEL

Candela Córdoba

Primera edición: julio de 2023

ISBN: 9798852798237

Copyright © 2023 Candela Córdoba

Editado por Candela Córdoba

Texto corregido por Esther Ariza Carretero

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

A mis padres, José y María Teresa,
gracias por vuestro apoyo.

PRÓLOGO

Conocí a Candela Córdoba, la autora, en las redes sociales y más tarde compartimos conocimientos en un taller literario. Desde el primer momento, ya vi algo especial en ella como escritora. Su manera de escribir lleva un sello inconfundible para los que estamos acostumbrados a leerla: narrativa muy fácil de asimilar e intensidad en lo que cuenta, o sea, te lleva de su mano con rapidez para que te empapes de mil cosas que quiere mostrar en cada uno de sus párrafos, los cuales son una cesta de buen mimbre cargada de todo tipo de historias. Posee una capacidad por encima de lo normal para contar cosas y las expresa de una manera brillante y con cómoda lectura. Cualquiera puede disfrutar de esa habilidad que nos muestra esta contadora de la vida con sus relatos, ella no escribe para un sector concreto de lectores/as porque su contenido gusta a todo el mundo.

Esta escritora es madre de familia numerosa, y se levanta cada día a las cinco de la madrugada para poder escribir. Su jornada laboral se prolonga hasta el infinito porque nunca tiene fin. En su caso, al mérito siempre difícil de escribir, hay que añadirle el de las circunstancias en que ella lo hace. Se necesita tener mucha constancia y mucho espíritu de sacrificio para afrontar ese reto, además de poseer una inequívoca vocación de escritora y gozar con esa faceta tan importante de su vida.

En *Mis sueños de papel*, se van a encontrar todo un compendio de vivencias de vida por medio de 90 relatos cortos, los cuales abarcan desde el amor a la amistad, desde la ficción a la más pura realidad, desde la felicidad a la tristeza, etc. En cada uno de estos textos, la autora ha puesto su alma al descubierto para llegar hasta lo más profundo de los que quieran leerla, y como decía don Miguel de Cervantes en *El Quijote*: «La pluma es la lengua del alma; cuales fueron los conceptos que en ella se engendraron, tales serán sus escritos».

El relato corto es un subgénero literario, a mi juicio, que encierra una gran dificultad, tanto técnica como literaria. Contar una historia con tan pocas palabras es muy complicado, has de pasar todas las fases de la narración sin olvidarte ninguna: el planteamiento, el nudo y el desenlace. Pero todo ello en un espacio muy reducido. Esta escritora tiene dominada esta modalidad literaria y lo hace magistralmente como podrán comprobar a lo largo del presente libro. Tanto es así que ella hace algo al alcance de muy pocos: publica un relato corto cada día en sus redes sociales, el cual elabora minutos antes de su publicación. Los mencionados tienen un gran alcance entre los miles de seguidores que ella tiene, y los comentarios que recibe por los mismos son siempre muy satisfactorios. Ello fue lo que la motivó para hacer el presente libro de relatos.

La actividad literaria de Candela Córdoba es trepidante, está formada por un torbellino de distintos proyectos que van cogiendo forma sin descanso alguno: el tercer libro de relatos ya está también listo para su publicación, su primera novela se encuentra en una fase muy avanzada y verá la luz antes del verano de 2023, se ha atrevido a escribir paralelamente una segunda novela, y para los que aún no lo sepan, les diré que también escribe poesía.

En fin, *Sueños de papel* no les va a decepcionar, se los aseguro, como no les decepcionará cualquier cosa que puedan leer que haya sido escrita por esta autora; su forma de escribir es muy adictiva para quienes la lean, por lo que quedaran enganchados a sus trabajos nada más conocer su manera de hacer literatura. Si les gusta, entre libro y libro que lean de ella, pueden también seguirla en sus redes sociales, porque a diario presenta contenido de valor a sus seguidores y lectores, que son muchos.

José Carretero Olmedo
Escritor y poeta

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1: EL AMOR TODO LO PUEDE

- 1 EL VIAJE DE MI VOZ
- 2 TOCANDO MI ALMA
- 3 EL TUPIDO VELO DEL AMOR
- 4 EL JOVEN DEL FARO
- 5 LA EDAD NO SOLO ES UN NÚMERO
- 6 EL CAPRICHIO
- 7 ESTRECHANDO LAZOS CON LA VECINDAD
- 8 ACARICIANDO TU PERDÓN
- 9 CUANDO TE ENCONTRÉ
- 10 LA VIDA TE ENSEÑA
- 11 LOS ESTRAGOS DEL AMOR
- 12 DESGARRANDO UN ANHELO
- 13 DESCUBRIENDO UN SECRETO
- 14 EL GRAN PESO DE LA CULPA
- 15 UN BUEN LAMETÓN A VECES ES LO MEJOR
- 16 EL AGUA ARROPA MI CUERPO
- 17 EL DESEO QUE GUARDO
- 18 ESPERANDO ESA OPORTUNIDAD
- 19 EXHALANDO UN ADIÓS
- 20 MI ESPERANZA EN UNA CARTA
- 21 ENTERRADO POR LOS CELOS
- 22 UN COMIENZO ACCIDENTADO
- 23 MIS VIDAS Y YO
- 24 CUANDO TODO CAMBIA

CAPÍTULO 2: PURO EROTISMO

- 25 EL LATIDO DE UN DESEO
- 26 TU HUELLA EN MÍ
- 27 DESEANDO LO PROHIBIDO
- 28 CALMANDO MI SED DE TI
- 29 LA CONSULTA

CAPÍTULO 3: LA FAMILIA

- 30 EL BLANCO MANTO DEL PASADO
- 31 LA LUZ QUE GUARDO
- 32 MI ESCONDRIJO
- 33 EL DÍA DE VISITA
- 34 TU LLEGADA
- 35 LA REACCIÓN
- 36 UN PASEO AL RECUERDO
- 37 PERDIDO EN LA NOCHE
- 38 MI AMIGA LA PALMERA
- 39 ALCANZANDO LA LUZ
- 40 EL DULCE ADIOS DE UNA MADRE
- 41 MI ALMA PERDIDA EN LA OSCURIDAD

[42 UNA VIDA ENTRE SOMBRAS](#)
[43 ESPERANDO MI OPORTUNIDAD](#)
[44 LA VIDA JUNTO A TI](#)
[45 EN EL BAÑO CON LA TÍA GUCCI](#)
[46 LA TÍA GUCCI](#)
[47 UN ENCUENTRO INESPERADO](#)

[CAPÍTULO 4: DIARIO DE UN ESCRITOR](#)

[48 HALLANDO SU DESTELLO](#)
[49 LA AMISTAD MEZCLADA CON ALGO MÁS](#)
[50 EL REGALO DE LA NOCHE](#)
[51 LA VOZ DE MI CORAZÓN](#)
[52 EL BROTE DE UN MAÑANA](#)
[53 EL TRABAJO](#)
[54 LA MANO AMIGA](#)
[55 SACUDIENDO EL FRÍO DE LA CALLE](#)

[CAPÍTULO 5: REDESCUBRIENDO LA VIDA](#)

[56 EL REFLEJO DEL AYER](#)
[57 LA DESPEDIDA](#)
[58 LA LLAMADA INESPERADA](#)
[59 EL VIAJE DE SU VIDA](#)
[60 ATESORANDO UN VACÍO DEVASTADO](#)

[CAPÍTULO 6: LA AMISTAD](#)

[61 A TU LADO](#)
[62 ROMPIENDO LA SOLEDAD](#)
[63 UNA AMISTAD EMPLUMADA](#)
[64 TROPEZANDO CON ELLA](#)
[65 DE ALEGRÍA TAMBIÉN SE LLORA](#)
[66 PERDIDA EN SU SOLEDAD](#)
[67 DESNUDANDO MI DOLOR](#)

[CAPÍTULO 7: FICCIÓN](#)

[68 EL ALIMENTO DEL ENGENDRO](#)
[69 LAS LUCES DEL BOSQUE](#)
[70 SOMBRÍA EXHALACIÓN](#)
[71 AL OTRO LADO](#)
[72 ADHARA](#)
[73 LA ACEDORA DE SUEÑOS](#)
[74 MI PEQUEÑO MUNDO](#)

[CAPÍTULO 8: ANIMALES](#)

[75 MI GRAN AMOR](#)
[76 EL DOLOR QUE NO CESA](#)
[77 LA DESPEDIDA](#)
[78 EL REGALO DE LA LUNA](#)
[79 LA SOMBRA DE UN AMOR](#)

[CAPÍTULO 9: VARIOS](#)

[80 EL SECRETO DEL LAGO](#)
[81 UN DUELO POR GANAR](#)

[82 SACUDIENDO LA SOLEDAD](#)

[83 LA VUELTA A CASA](#)

[84 SOMBRAS EN LA LUZ](#)

[85 DE RUTA POR EL MUNDO](#)

[86 LA SOMBRA DE LO QUE FUE](#)

[87 LA BELLEZA MARCHITA](#)

[88 ESCUCHANDO LOS SECRETOS DEL VIENTO](#)

[89 LA CAJITA METÁLICA](#)

[90 SEMBRANDO DUDAS EN MI NOMBRE](#)

CAPÍTULO 1: EL AMOR TODO LO PUEDE

1 EL VIAJE DE MI VOZ

Las palabras consiguen desprenderse de mí a borbotones, resbalando por mis dedos, viajando en un trozo de papel hasta llegar a tus oídos. Ellas, son tiernos brotes como dulces susurros en la mañana, queriendo enraizar profundo en ti, cubrirte con su suave manto, abrigándote en las frías noches.

En cambio, no sé por qué, pero algunas veces abrazan a su paso, dejando yermo el terreno, y es en ese momento cuando me pongo muy triste, pues no es mi intención, tornándose todo gris a mi alrededor, sintiendo que un gigante dormido intenta salir desgarrando mi carne. Creo que entonces te preguntarás qué siento por ti.

Y yo te digo que el amor es un ser vivo que se sustenta de caricias, que necesita sentirse protegido por la huella de tus besos en mi piel, sin embargo, recibe kilómetros y kilómetros como único alimento.

Por suerte, todo cambia, consiguiendo llegar a mí, rodeándome, estrechando esa distancia con un fuerte abrazo, como el mejor de los regalos traído por los Reyes Magos.

2 TOCANDO MI ALMA

Acostado en la cama escucho como la ciudad se va acallando, curando de esa enfermedad que es el día con su incesante trasiego de personas. Ahora están vacías sus calles, pero mi mente es cuando empieza a llenarse de imágenes, deseando que llegue un mañana que riegue de agua fresca ese paraíso que imagino.

Cierro entonces los ojos queriendo aferrarme a ese cálido pensamiento que ha llegado, reteniéndolo lo suficiente como para que llene de esperanza mi ser. Se va deslizándose, recorriendo cada rincón de mi cuerpo, despertándolo de su letargo, sintiendo hasta la última de mis células que es real.

Os aseguro que casi puedo cogerlo con las manos, notarlo cómo fluye entre mis dedos, acariciando mi piel. No es una locura, los pensamientos se pueden tocar, aunque solo los mejores, los que hacen latir más fuerte el corazón, y esos no hay que dejarlos escapar.

3 EL TUPIDO VELO DEL AMOR

Llegaba cuando la casa estaba silenciosa, y cerraba la puerta de golpe. Tambaleándose por el pasillo, se acercaba a la cocina, disponiendo de la nevera a su antojo. Nunca encontraba lo que buscaba, pagando su frustración algún plato. Mi madre se despertaba entonces intentando calmarlo.

Yo lo escuchaba todo desde mi habitación, y venían a mi mente los buenos tiempos, cuando mi padre vivía con nosotros; las risas nunca faltaban. En cambio, ahora me preguntaba por qué teníamos que aguantar a un tío que no tenía trabajo ni ganas de encontrarlo. Era el tercer novio de mi madre y mi último dolor de cabeza.

Sin embargo, al día siguiente, se hacía el gracioso durante el desayuno. La cogía en brazos regalándole un montón de besos, borrando así las feas palabras que le decía por la noche. Observaba entonces a mi madre sonriéndole, mirándole a los ojos como si no hubiera otro hombre en el mundo. Eso me repugnaba, quitándome el hambre, y solo deseaba perderlo de vista.

4 EL JOVEN DEL FARO

Vi un anuncio en el ayuntamiento en el cual buscaban a un joven responsable con experiencia en el mar para atender el faro. Ya estaba cansado de aguantar a mi padre todos los días en la barcaza y nunca iba a mirarme como a un verdadero marinero. Así que, sin nada que perder, me presenté a la entrevista.

Ese día, dos hombres me observaban atentamente detrás de una gran mesa. Uno de ellos, sosteniendo unos papeles, se limitó a preguntarme de todo. También necesitaban saber si tenía novia. Les preocupaba que me cansara de ese trabajo y los dejara tirados. A los pocos días ya tenía nueva casa.

El edificio era una ruina, y un viejo me estuvo aleccionando durante un tiempo. Era el anterior farero, y su aspecto decía por qué ya no lo podía atender por más tiempo; apenas podía andar y estaba quedándose ciego. Disponía de un pequeño barco para acercarme a tierra y comprar lo necesario para casi un mes (menos mal que había buena tierra para tener un pequeño huerto). Mi madre me enseñó desde pequeño, sabiendo abastecerme bien. También aprendí el funcionamiento de la radio, y cómo anotar todo en el libro. El mar iba a ser donde fijaría mi mirada todos los días. Eso me gustaba.

El invierno llegó con sus largas noches, y una pequeña luz me ayudaba a ver los garabatos que hacía en mi libreta. Pensaba en tantas cosas que necesitaba escribirlas en un papel. En este islote no pasaba nada. Las gaviotas se habían cansado ya de mí, pero una tormenta me despertó de mi letargo. Esa noche no pude dormir nada, y con los primeros rayos de sol salí preocupado por mis hortalizas.

Ya no estaban. En cambio, sobre la arena encontré a una joven. Me acerqué retirándole el cabello de su rostro.

—¡Respira! —suspiré aliviado.

5 LA EDAD NO SOLO ES UN NÚMERO

Evidentemente tengo más pasado que futuro, es un hecho, para qué negarlo. De nada sirve esa dieta extrema que sigo, ni las cinco horas en el gimnasio. Al mirarme en el espejo solo veo una pasa arrugada que va detrás de una cría.

«¿Quién lo iba a decir? ¡A mis años!», cavilé mientras esperaba a la mesa del restaurante, aguardando la llegada de esas caderas contoneándose con cada paso. Eso me excitaba mucho, sabía jugar conmigo, deseando que llegara la noche como un niño antes de navidad.

Entre las sábanas, admiraba esa belleza al adentrarme en la profundidad de su cuerpo, observando los efectos que causo en ella. Me gustaba verla disfrutar, oírla gemir mientras agarraba fuertemente sus caderas, pero también era muy generosa.

Ella me regalaba dulces susurros, caricias que tenía perdidas en el olvido, más tiempo para una vida gastada.

6 EL CAPRICHO

Al abrir la puerta, vio que la habitación estaba iluminada por unas pequeñas velas que bordeaban sus paredes. Apenas se veía lo que había dentro, pero él se acercó a su encuentro, forzando una entrada más rápida al cogerla por el brazo.

No era la primera vez que tenía una cita en ese hotel, sabía perfectamente qué debía hacer cuando los miraba a la cara. Los años enseñan hasta a una jovencita como ella.

Esta vez se trataba de un viejo conocido, un hombre muy ocupado que la reclamaba una vez al mes. A él le gustaban las jovencitas, casi niñas, y por eso siempre solicitaba sus servicios. Ella tenía diecisiete años ya, aunque no aparentaba más de catorce.

Su ritual comenzaba tumbándola boca arriba en la cama, con las piernas bien abiertas. Él, situado a su lado, introducía sus dedos en su interior, al mismo tiempo que excitaba su clítoris con diestros movimientos. No necesitaba desnudarla; quería observarla, deleitarse hasta que, extenuada, suplicaba que parara.

7 ESTRECHANDO LAZOS CON LA VECINDAD

El día empezaba magníficamente, pues era uno tranquilo en el que mi jefe no me jodía y me dejaba en paz. Además, la reunión con el departamento técnico se anuló, teniendo suerte. En cambio, el móvil estuvo pitando toda la tarde con mensajes de Martha, que quería hablar. Pero, antes de quedar con ella, me acerqué a casa para darme una ducha.

Cuando estaba casi vestido, el timbre de la puerta sonó. Era la vecina de abajo con la historia de siempre; sabía que fue una horrible idea follármela las navidades pasadas. Esta vez tenía mala cara, de esas de haber pasado el día llorando. Su marido le había hecho otra jugarreta de las suyas, marchándose hace un par de días. La invité a pasar; no podía dejarla así.

Hablamos durante tanto tiempo que casi pude ver amanecer mientras nos tomábamos el último café. Y respecto a los pantalones, esta vez no hizo falta quitármelos, pues no me los llegué a poner.

8 ACARICIANDO TU PERDÓN

Los primeros rayos de sol devuelven los colores, llevándose las sombras. Me obligan a comenzar el día viendo la cena que se quedó preparada sobre la mesa del salón, (debí recoger los platos antes de acostarme). Hoy ya tengo tres mensajes de Esteban, y no pienso contestar a ninguno. Me quedaré en casa.

El móvil vuelve a sonar, despertándome de la siesta. Está esperando junto a la puerta y no va a marcharse hasta que le abra. Sabe cómo tocar mi corazoncito, y decido dejarlo pasar.

Se acerca con una sonrisa en los labios, rodeándome con sus brazos al instante. Hasta con los ojos cerrados sabría que es él. Hacía tiempo que no me abrazaba así y me dejo llevar. Noto como comienza a excitarse, pero no quiero ponérselo fácil y aparto su intrépida mano que quiere adentrarse en mí. Él me conduce a la cama, besándome cada vez con más fuerza, rozando con sus dedos mi piel, acelerando tanto mi respiración que termino por claudicar.

9 CUANDO TE ENCONTRÉ

Llegué veinte minutos antes de lo habitual. Los del *hall* se extrañaron cuando me vieron aparecer con mis ojeras, y uno de ellos me preguntó si era rubia la que me había tirado de la cama. Me río cuando escucho eso; no tienen ni idea de nada, y menos del edificio que custodian.

¡Esto es la hostia! No duerme nunca, siempre entrando y saliendo gente. Es un hormiguero de tres mil personas, con once plantas sobre tierra y tres oficialmente bajo ella. No todos son militares como yo; hay empresas civiles que colaboran en este gran centro logístico, por fortuna. Y fue así como la conocí.

Me mandaron hace un año a Ferrol para supervisar la instalación de un nuevo sistema de comunicación en el barco que construían, y allí la encontré, discutiendo con un tío que le doblaba en tamaño. Eso me hizo reír, acercándome curioso. Al ver mi uniforme, el grandullón cerró la boca de inmediato, aunque ella, muy seria, me pidió quedar esa noche, y así, ponernos al día.

—Esto no va bien —dijo sin más.

10 LA VIDA TE ENSEÑA

Me desperté sobresaltado, sin recordar dónde estaba. Había bebido mucho esa noche. Entonces, al girarme, vi como entre las sábanas surgía parte del cuerpo de una mujer. Su larga melena rubia era inconfundible.

«¡Lo he vuelto a hacer!», pensé.

No esperé a que se despertara, y me marché sin hacer apenas ruido. Antes de ir al barco tuve que pasar por casa para ponerme el uniforme, y al llegar, la encontré con su portátil, peleándose con el *software*. Su rostro lo decía todo.

Así que estuvimos cinco horas de conversaciones laborales y revisando papeles. Ni una sola mirada especial me concedió, aunque, al marcharse todos, se acercó más a mí poniendo su mano en mi entrepierna. ¡Dios!, sabía lo que hacía, y muy bien, pero cuando estaba casi, paró.

—A mí tampoco me gusta que me dejen tirada —dijo sonriendo.

11 LOS ESTRAGOS DEL AMOR

Esta vez me lo tenía merecido por haber sido un cabrón con las tías. Muchas me lo habían llamado, pero yo pensaba que no era para tanto, en cambio, ahora dudaba de si tenían razón. A ella la conocí en el trabajo y me la follé como lo había hecho con el resto.

Ya sabéis; una cena, unas risas y las acompañaba a su casa, bueno, hasta el borde de su cama, desplegando entonces todo mi encanto. Pero joder, con ella no resultó mi plan, siendo yo el que lloriqueaba por un nuevo encuentro, mendigando migajas y deseando verla de nuevo.

Estaba entonces en terreno desconocido, y empezaba a sentir que algo en el pecho me oprimía. Me despertaba a mitad de noche con su imagen en mi mente, dejándome de importar el resto de las mujeres. Tenía que estar enfermo, algún virus o algo así, me aseguraba autoconvenciéndome.

—¡Dios!, no puede ser. ¡Me he enamorado! —exclamé al levantarme esa mañana.

12 DESGARRANDO UN ANHELO

El viento arreciaba mi cuerpo tan fuertemente que apenas podía mantenerme en pie, obligándome a avanzar, sintiendo esa fuerza poderosa que es la madre naturaleza. No estaba solo, cientos de almas me acompañaban formando un velo que cubría la tierra. Además, teníamos un noble propósito, (o eso nos habían dicho cuando matar era lo correcto), dejando la piedad abandonada como un niño sin madre.

Pero yo sabía la verdad, pues en este mundo del revés había hallado esa luz que tu espíritu guarda, que puede emerger de ti curando las heridas a su paso, que llena tu ser saciando su sed y alimentando la carne de tu cuerpo. Muchos dirían que son tonterías, aunque yo os aseguro que eso lo sentí en mis entrañas al verla por primera vez.

Ella llega a mí a través de la tinta y el papel de sus cartas. Cada mes, con suerte, el sargento grita mi nombre, extendiendo su mano con un gran regalo que celosamente guardo en mi chaqueta, dándome aliento cuando el cielo truena. Esta vez ha mandado una foto en la que un bebé se abraza a ella. Es entonces cuando mis lágrimas recorren mi rostro al pensar que podría no llegar a conocerlo nunca.

13 DESCUBRIENDO UN SECRETO

«¡Estoy jodido!», pensé cuando ella cogió mi móvil.

Llevaba meses con largas llamadas, con mensajes de texto y, sobre todo, con esas fotos. Así que me quedé callado, observando, rezando para que no se diera cuenta, pero entonces la cara empezó a cambiarle. Iba deslizando con su dedo la pantalla hasta que se detuvo, y ahí supe que era el final.

Era la última foto que nos hicimos juntos, abrazados y con una sonrisa que podía iluminar una habitación entera. Ella continuó en silencio, viendo con detalle el resto de las fotografías, hasta que lo dejó finalmente sobre la mesa.

—¿Por qué él? No lo entiendo —preguntó con su voz entrecortada.

Sin embargo, cómo podría hacerle entender que llevaba eso dentro de mí sin ver la luz desde siempre, sepultado bajo tantas lágrimas... Así que simplemente hablé:

—Lo quiero.

14 EL GRAN PESO DE LA CULPA

Los últimos rayos de sol rozaban la tierra y ellos todavía paseaban cogidos de la mano. Pero siempre se detenían frente a la gran piedra que servía gentilmente de apoyo. Sus incesantes caricias continuaban a pesar de la vejez de su amor. Esa noche iba a ser especial.

Una vez en casa, las sábanas envolvieron ambos cuerpos desnudos. Ella sentía cómo él la llenaba con su vigor, estremeciendo su carne. Quería que gimiera, deseaba escuchar esa dulce música embistiéndola sin cesar hasta que el silencio se rompió, acumulándose tantos momentos especiales en su mente que pensaba que estaba viviendo un sueño.

Entonces, un mensaje entró en el móvil de él. Ella nunca curioseaba, pero le llamó la atención, y se preguntaba quién podría escribir a esas horas de la noche.

«Hoy no has venido, y te he estado esperando sin braguitas en la cama».

En ese instante, su mundo se derrumbó como un castillo de naipes, arrebatándola una furia que le hizo perder la razón, empezando a salir duras palabras de su boca, que llenaban la habitación, creciendo más y más, golpeándose sin cesar entre las paredes hasta que la alcanzaron. Él quería explicarse, tener otra oportunidad, y al intentar detener su marcha hizo que perdiera el equilibrio, cayendo escaleras abajo.

Ella, tendida en el suelo, no respondía a sus súplicas. Ya era tarde.

¿Qué hacer? ¿Cómo explicar esto?, se preguntaba él.

Pero su mente ya no estaba con él ahora, y solo intentaba pensar en cómo hacerla desaparecer. A su cabeza venía entonces la imagen de la gran roca que cubría un viejo pozo que no estaba lejos de su casa. Y así hizo.

Los días pasaron, al igual que los años, estando ese día muy vivo dentro de él, notando que la oscuridad le desgarraba las entrañas. Deseaba dar descanso para siempre a su alma, terminando por visitar la roca.

15 UN BUEN LAMETÓN A VECES ES LO MEJOR

Tumbado junto a un matorral, miraba el cielo, las estrellas iban disolviéndose con los primeros rayos de luz, mientras mis oídos se entretenían escuchando las olas golpear sobre esa curiosa playa llena de guijarros. Necesitaba silencio y esta isla me lo estaba dando. Era mi nueva rutina desde hacía dos días. Había dejado mi vida sin más, con una llamada de teléfono a mi jefe y una nota al casero diciendo que este era mi último mes en el piso. Tenía que salir de Madrid.

Sin ella nada tenía sentido, apenándome por lo cerca que estuve de tenerlo todo. Casi podía escuchar las voces de los niños jugando en el jardín, a mi mujer diciéndome al oído cuanto me quería. Las lágrimas empezaron a resbalar por mi rostro, y el corazón golpeaba cada vez más fuerte, empujando mi sangre a un viaje que no iba a ninguna parte. Al cerrar los ojos, solo la veía a ella follando con mi amigo. Bueno, el que era mi amigo. Debí haberle hecho caso cuando me dijo que no le gustaban las visitas sorpresas.

Entonces, escuché unos pasos que se acercaban, incorporándome al tiempo que limpiaba mis lágrimas bruscamente. «Los tíos no lloran», me decía esa vocecita de mi interior. Y sin previo aviso, un enorme perro se abalanzó sobre mí, lamiéndome la cara. El colega pensaba que era su amigo.

—¡Y esas confianzas! —exclamé escudriñando de quién podría ser ese precioso animal.

—Perdona, es muy cariñoso con todos. También un poco pesado —dijo una joven mientras se acercaba.

Reconocí esa voz en cuanto la escuché: la hija mayor del posadero. Me había estado sirviendo en el comedor todo este tiempo, pero había escuchado muy pocas palabras salir de su boca. Ahora estaba deseando saber qué más me tenía que decir.

16 EL AGUA ARROPA MI CUERPO

Me senté en el borde de la piscina, mientras agitaba mis pies. Estaba fría, pero era agradable el contacto con ella. Escuchaba como la música estaba sonando de fondo, mezclándose con algunas voces. Mientras escuchaba ese sonido, cerré los ojos dejando que mi pensamiento viajara sin rumbo. En ese instante, una mano se posó en mi hombro, despertándome de mi ensoñación. Se sentó junto a mí, permaneciendo en silencio.

Él empezó a fijar la mirada sobre el agua; ese ondulante movimiento hipnotizaba a cualquiera. La luna aparecía reflejada sobre un oscuro espejo que le daba vida, pero yo solo veía un mal dibujo que se disolvía. Se acercó más a mí, besando mi cuello, cosquilleando mi piel con su pausada respiración. Mi corazón empezó a latir con más fuerza, decidiendo tirarme al agua en un intento de escapar de él.

Fue inútil y sus brazos me envolvieron, presionándome contra la pared de la piscina. Noté el agradable calor de su cuerpo, el roce hacía crecer mi excitación. Deseé que continuara, soltando yo misma el lazo que sujetaba la parte baja de mi bikini. Solo escuchaba el incesante movimiento del agua, el golpeteo de la escalera contra los azulejos y eso me gustaba. Reprimí mi agitación mordiendo ligeramente su labio inferior, no quería hacer ruido, pero no podía contenerme. Un estremecimiento creció sin límite, apoderándose de mí. Quería llegar al final. Sin embargo, el ruido de unos pasos acercándose nos detuvo en seco.

—¿Qué hace toda esta gente en casa? —preguntó mi padre mientras me miraba a los ojos con cara de incredulidad.

17 EL DESEO QUE GUARDO

Entré en la habitación despacio, caminando con los ojos casi cerrados. Él me esperaba sobre la cama mostrándome su piel desnuda. Me sonrió de inmediato y agarró mi brazo, forzando un encuentro más rápido. Deslizó sus dedos por mi rostro hasta introducirlos en mi boca; ese era su saludo especial. Se puso entonces de pie, junto a mí. Noté como su aliento recorría cada centímetro de mi cuello. Sus manos descendieron lentamente por mi espalda hasta introducirse en mi pantalón. Quería jugar.

Mi mirada no se despegaba del suelo mientras él me desnudaba. Lo hacía poco a poco, lo saboreaba como ese helado que dejas que se derrita en la boca. No le importaba que solo tuviera una hora, alargando cada movimiento el tiempo necesario. Era su chica especial y me solicitaba todos los viernes. Le gustaban muy jóvenes, niñas a las que enseñaba.

Unas lágrimas se deslizaban en ese momento por mi mejilla, anunciando el comienzo de lo inevitable. Pensé entonces en mi casa, cuando mi madre me despertaba dándome un beso pasando sus manos por mi pelo. Quería volver a ese día, quedándome en él para siempre.

18 ESPERANDO ESA OPORTUNIDAD

Se conocieron meses atrás en una cena; ambos acudieron con sus respectivas parejas, pero pronto se dieron cuenta de que algo había surgido entre ellos. Sus vidas llevaban caminos muy distintos llenos de obligaciones que impedían el verse como querían, así que decidieron citarse una noche en la habitación de un hotel.

Él se ocupó de reservar, siendo el primero en llegar. Estaba muy inquieto mirando su reloj constantemente. Faltaban solo cinco minutos para la hora cuando ella llamó a la puerta. Él la abrió despacio, casi con miedo, quedándose parado esperando que ella se acercara. Las luces estaban apagadas, y unas pequeñas velas repartidas por toda la superficie iluminaban tenuemente la estancia. Ambos se abrazaron sintiéndose tan cerca que no creían que ese momento tan deseado había llegado al fin.

Era la primera vez que se encontraban a solas, que podían expresar sus sentimientos alejados de miradas indiscretas. Se conocían muy bien por sus largas conversaciones de algún encuentro furtivo de apenas unos minutos, pero esa noche era entera para ellos. Él, muy impaciente, no dejó ni que se quitara la chaqueta cuando la tumbó sobre la cama, estirando tan fuerte de sus pantalones para quitárselos que se escuchó cómo se rasgaba la tela. Las carcajadas de ella rompieron el silencio, haciendo brotar en él una leve sonrisa.

Entonces, el teléfono de él sonó. Era su madre, una mujer muy mayor que tras la muerte de su marido intentaba llenar ese hueco ocupando a su único hijo. Quería que le moviera el sofá de sitio; escuchaba mucho a sus escandalosos vecinos mientras se daban cariño en la cama.

—¡Madre!, el sofá no se puede poner en la cocina, es imposible. ¿Pero no ves que no cabe!?

—dijo él casi gritando.

19 EXHALANDO UN ADIÓS

Gabriel pasaba la tarde sentado sobre una gran roca situada junto a un caudaloso río. Era el único lugar donde alcanzaba algo de serenidad su torturada alma. Había pasado meses desde su ruptura con ella, pero en su corazón la sentía tan cerca que dudaba de lo acontecido. Ella lo dejó sin explicación ninguna, con un breve mensaje que le mostró el teléfono a las dos de la mañana:

«Es mejor que no nos veamos más».

Esas palabras le aplastaban el pecho, dificultando su respiración, creciendo y multiplicándose en su cabeza, impidiéndole descansar en las largas noches. Pero esa mañana decidió que no quería soportar por más tiempo esa pesada carga, que quería que se marchara ese pesar de una vez, así que sacó una cuerda que llevaba en el bolsillo, se ató las manos a esa gran piedra que a duras penas podía sostener, y caminó adentrándose en las aguas hasta que le cubrieron por completo.

La fuerte corriente lo arrastró, hundiéndole cada vez más hacia el fondo, oscureciéndose el día por completo. En cambio, por su mente aparecieron unas nítidas imágenes que pasaban a gran velocidad, como si su vida entera fuera una película. Una tras otra se sucedían las escenas hasta llegar a una en concreto en la que se vio a sí mismo viejo y arrugado como una pasa, sentado en un banco junto a una mujer con el rostro borrado. Ella le sostenía la mano, y apoyaba su cabeza en su hombro.

En ese instante, unas intensas ganas de vivir brotaron de su interior, librándose de esa piedra y nadando con fiereza hasta la orilla. Supo entonces que ese pesar que padecía su cuerpo se disolvía, dejando paso a una luz que lo colmaba todo.

20 MI ESPERANZA EN UNA CARTA

Vivo en un pueblo demasiado pequeño y los asuntos se airean en breves instantes. Bueno, tenemos nuestra propia red social y se conecta todas las tardes al reunarnos en el cruce. Allí, la Virgen del Rosario es receptora gustosa de todos nuestros mensajes, guardándolos a buen recaudo bajo una piedra. Lo malo es que no puedo bloquear a nadie, ¡cuánto me gustaría! Además, aquí los días son largos si no puedo quedar con alguien.

Esta tarde he tenido suerte y la he pasado con Miguel. Es el único amigo bueno que tengo. Lleva un tiempo aguantando mis lamentos pacientemente. Siempre le estoy hablando de ella, y últimamente su imagen ha llenado por completo mi mente, apoderándose de mí de tal manera que es mi único pensamiento. Ella no sabe que existo, aunque esta tarde cambiará cuando vea mi mensaje.

Impaciente, espero su llegada acechando detrás de unos árboles. Esta vez estoy solo, puesto que mi compañero de armas ha visto absurda la misión. Sin embargo, necesito ver su reacción cuando lea mi carta, ya que esta noche apenas he podido dormir escribiéndola. Los folios arrugados llenaban el suelo, y mi madre se ha enfadado conmigo cuando ha entrado a llamarme para desayunar.

—¡Recoge esta pocilga! —me inquirió despertándome sin piedad.

Cuando creo que todo está perdido, la veo aparecer junto a una amiga. No tarda en ver si hay alguna nota, y puedo observar que la lee con detenimiento y sonríe.

«Espero que no se esté riendo de mí», pienso consolándome.

21 ENTERRADO POR LOS CELOS

Se acercaba la temida cena de navidad, y a Bernabé, su jefe le había advertido que debía acudir acompañado de su esposa, pues esta era una empresa seria y familiar, siendo eso lo más correcto. Pero la noche de antes ya no pudo dormir tranquilo, inundando su mente unos pensamientos imposibles de alejar. Conocía a Clotilde perfectamente, pues treinta y cinco años de convivencia eran suficiente prueba para tal afirmación.

Así que esa noche llegó, y cuando entraron al restaurante estaban ya todos sentados. Era la primera vez que se retrasaba, pasando cabizbajo mientras soportaba la mirada de su jefe. Parecía que todo marchaba bien, llegando a los postres sin ningún incidente. Así que Bernabé se relajó hablando con mucha más libertad. Tenía muy buenos compañeros de trabajo, y también compañeras; especialmente Carmen, una jovencita que estaba apenada por un novio que le rompió el corazón hace tan solo un par de días.

De modo que, ni corto ni perezoso, Bernabé, se acercó a ella solicitándole un baile con la única intención de robarle una sonrisa. Sonó en ese instante una bonita canción romántica, con la que ambos bailaron abrazados, apoyando suavemente Carmen la cabeza sobre el hombro de Bernabé. Esa escena no pasó desapercibida para Clotilde, que se levantó enfurecida hacia ambos.

—¿Desde cuando te la estás follando!?, no serás capaz ahora de negármelo ante esta representación de amor que habéis montado —gritó Clotilde casi sin aliento de tan rápido que sus palabras emergían de su boca.

22 UN COMIENZO ACCIDENTADO

Era la primera cita importante que tenían desde que empezaron a salir, siendo la cena de fin de año en casa de sus suegros el mejor momento para impresionarlos. A su novia Laura la conoció un día que su hermana trajo a casa una nueva amiga. Nada más verla entrar, Enmanuel no tuvo ojos para otra chica que no fuera ella.

Pero los padres de Laura eran muy estrictos, e impedían en muchas ocasiones el poder verse. Así que, tomó el toro por los cuernos, diciéndole a su novia que quería presentarse oficialmente en su casa para facilitar las cosas.

En cuanto llamó a la puerta, un hombre corpulento que casi llegaba al techo le dio la bienvenida. Su respiración se vio interrumpida por un momento, pero el amable suegro le acompañó directamente a la mesa. Se sentó junto a Ana, su suegra, que le regaló una amplia sonrisa, —aunque frunció el ceño al darse cuenta de que Laura estaba al otro lado de la mesa—.

Todo iba transcurriendo bien hasta que se percató de la presencia de la mano de su suegra, la cual posaba en la entrepierna, notando que iba ascendiendo hasta llegar a su bragueta. Él se quedó petrificado mirando a Laura, pidiendo auxilio con la mirada, pero ella conversaba animada con su hermano.

Entonces, Enmanuel sintió cómo su piel se estremecía en lo más íntimo de su ser, no creyendo la mala suerte que estaba teniendo, preguntándose qué podía hacer. En eso, se levantó bruscamente con la copa en la mano.

—¡Un brindis!, por la mejor suegra que podría tener —apartando por fin esa mano de su pantalón y acercándose a su querida Laura.

23 MIS VIDAS Y YO

La vida de un sujeto está formada por varias piezas, mezcladas, pegadas, enmarañadas, de tal manera que si quisiéramos comprenderla necesitaríamos tomar como ejemplo a un individuo cualquiera.

Entonces nos encontramos con Tomás, un hombre familiar, que adora su trabajo y es amigo de sus amigos. Al menos eso diría una persona que se aproximara a él, mostrándonos su vida pública.

Aunque como no me gusta ponerlo fácil, debo exponeros que el otro día Tomás le contó a su mujer que ya no soportaba más al *enano* de su jefe, y que deseaba cambiar por completo su rumbo profesional. Mercedes, su mujer, lo escuchaba preocupada, pues no era habitual oírle hablar en esos términos. La vida privada empieza a mostrar su cara ahora.

Pero lo mejor lo reservo para el final, y es por la tarde cuando Tomás sale de la empresa y se dirige a una pequeña cafetería que regenta una joven. Suele sentarse en una mesa junto a la cristalera para ver pasar a la gente deambulando por la acera, esperando a que ella se desocupe un poco y le regale un beso. Son amantes desde hace más de un año, y él anhela ser valiente para poder dejarlo todo por ella. Esa parte oculta es la más íntima, la que guarda su vida secreta.

24 CUANDO TODO CAMBIA

Es casi una tradición quedar con ellos los domingos por la tarde en mi casa y jugar a las cartas o a un juego de mesa, no sé, cualquier cosa nos valía. Nos reímos tanto que sentimos que hemos vuelto a la universidad, cuando la vida no parecía tan real.

Pero esa tarde había partido, y ellos prefirieron ver la televisión dejándonos a nuestro aire. Quise entonces enseñarle un vestido nuevo que me había comprado, pareciéndole mucho mejor plan que ver *la caja tonta*.

Ella entró tras de mí a la habitación, pasando el pestillo al cerrar la puerta. Entonces se acercó deslizando su mano por mi rostro, hundiendo su mirada en mis labios. Sentía cada exhalación suya acariciar mi piel, despertando en mí algo que no sabía que existía, y aunque nunca había conocido el amor de una mujer, quise saberlo todo en ese instante.

Era dulce y tierna con sus caricias, y sus besos se deslizaban por mi cuerpo estremeciendo hasta el último rincón de mi ser. Todo cambió, volviéndose mi vida del revés, sacudiéndola de tal manera que no podía volver a ser la mujer de antes.

CAPÍTULO 2: PURO EROTISMO

25 EL LATIDO DE UN DESEO

Era la primera vez que pisaba una naturaleza tan pura, nos rodeaba una arboleda que cubría todo el terreno que mi vista alcanzaba, y una fuerte brisa se levantó en el preciso instante en el que bajé del autobús. Aún nos quedaban dos horas caminando montaña arriba con mi mochila a cuestas, lo que me hacía arrepentirme de haberla cargado tanto.

Por la noche, prendimos una gran fogata, paliando ese frío que hacía tintinear mis dientes sin parar. Él se reía de mí, llamándome flojo. Era mi compañero de penas desde que entré en el instituto, se lo contaba todo; bueno, menos una cosa: mi secreto.

En cambio, una vez dentro de la tienda de campaña, mis demonios me visitaron sin poder controlarlos, surgiendo, arrollando mi pensamiento, queriendo el control. Por suerte, él estaba dormido, deleitándose sin pudor mi vista en su rostro. Fui silencioso, mi hambre se calmaba observándolo.

Entonces, sus ojos se abrieron posándolos fijos en mí, y avergonzado me giré sin mediar palabra, permaneciendo inmóvil hasta que noté su cuerpo desnudo junto a mí. No creía lo que me estaba pasando, despertando de mi sueño esa mano que se deslizaba por mi piel, notando como su miembro reaccionaba al instante. Sentí cómo se introducía en mi carne, dejándolo que me poseyera, y que un océano enfurecido me colmara cubriéndome.

26 TU HUELLA EN MÍ

Me excitaba pensar en ella, y cada noche al acostarme su imagen me acompañaba. Era una compañera de trabajo con la que apenas hablaba, aunque cada día la contemplaba con esmero. Sentada en la recepción, atendiendo al teléfono, dejaba ver sus hermosas piernas al cruzarlas. Pero tenía especial debilidad por un vestido de fina tela que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Necesitaba poner fin a ese sufrimiento, dejándome llevar por mi deseo.

Así que, en la soledad de mi habitación, recreé hasta el último detalle de su figura. Pensé en sus carnosos labios, en sus dulces pechos en mi boca, en mis dedos colándose furtivos entre sus piernas. Percibía un creciente palpitar recorriendo hasta el último rincón de mi ser, notando cómo esa bella mujer removía mis entrañas sin piedad.

Entonces, comencé a aliviar con brusquedad la dureza de mi miembro con un baile sin fin de mi mano, llegando a estremecerme, saciando mi sed de ella con una honda exhalación.

27 DESEANDO LO PROHIBIDO

La luz empezaba a colarse tímidamente por la ventana e iba iluminando a dos cuerpos desnudos abrazados en la cama. Él, despierto ya, se acercaba más a su amada susurrándole unas palabras al oído, deseando algo que no podía pronunciar en voz alta.

Ella se apartó horrorizada al comprobar los deseos más íntimos de su compañero, dándole la espalda como respuesta.

Pero él fue paciente, deslizando sus labios por el pecho descubierto de esa bella mujer que tenía a su lado, notando que aceleraba la respiración.

Así que volvió a decirle las mismas palabras al oído, en cambio, ahora ella no se asustó, pero sí dudó de si era correcto hacerlo.

Él, más paciente que antes, fue recorriendo con sus dedos su suave piel hasta entrar en ese sitio secreto que toda mujer tiene, haciendo que gimiera como nunca lo había hecho.

Él, volvió a susurrarle las mismas palabras, y esta vez ella no se asustó, ni dudó de si era correcto, simplemente sonrió.

28 CALMANDO MI SED DE TI

Esa noche, cuando entramos en el bar, me percaté al instante de que estaba ella, mi compañera de trabajo. Llevaba meses observándola en la oficina, desde el mismo día que puso su pie en ella. Me gustaba mirarla al pasar frente a mi mesa, deleitándome con ese movimiento de caderas que me traía por el camino de la amargura. Le gustaba pintarse los labios de un rojo intenso, logrando excitarme tanto, que la tela de mis pantalones sufría las consecuencias.

Esta vez estaba decidido a hablar con ella, acercándome sin pensarlo mucho a la barra donde estaba tomándose algo con una amiga. No sé de dónde saqué el valor para decirle al oído que quería que me acompañara al baño. Ella me sorprendió con una sonrisa y me cogió de la mano.

«¡Dios!, ahora no puedo flaquear», me dije a mí mismo a modo de aliento.

Antes de entrar por la puerta del baño, estábamos enganchados como dos imanes, abrazados, mezclándonos en un baile que empezaba metiendo mi mano dentro de sus bragas. Nos refugiamos en su interior, y me apresuré a ponerla de espaldas contra mí a la vez que descubría mi miembro. La incliné un poco, sujetando sus cabellos con mi mano, estirando de ellos según la penetraba. No pude controlarme, hundiéndome en ella cada vez más profundamente, deleitándome con su fuerte respiración cada vez más acelerada. Y ella empezó entonces a gritar mi nombre. Eso causó una fuerte explosión en mi hombría, derramándome sin querer entre sus nalgas.

29 LA CONSULTA

Llevaba un año visitándola cada jueves a la misma hora, deleitándose con ese perfume que lo impregnaba todo. Se sentaba frente a una mesa, en un cómodo sofá, hablando de él mismo durante una hora entera. Estaba muy aburrido de su vida, sepultado por un pasado que no podía cambiar.

En cambio, ella era lo único bueno del día. Admiraba ese cruce de piernas, se deleitaba cuando había suerte y su falda se quedaba tan arriba que casi veía su ropa interior. Esa tarde no lo pudo soportar más, y decidió poner remedio.

Se levantó acercándose tanto a ella, que al susurrarle unas palabras al oído sus labios llegaban a rozar sus cabellos. Quería follársela allí y eso le dijo. Ella lo miró directamente a los ojos al mismo tiempo que se levantaba, dándole la espalda e inclinándose sobre el escritorio. Abrió tanto las piernas que el borde de la falda se desgarró, consumando él su deseo con varios movimientos de pelvis.

CAPÍTULO 3: LA FAMILIA

30 EL BLANCO MANTO DEL PASADO

El silencio fue lo que me despertó esa mañana, pareciéndome muy extraño que los animales guardaran su voz al no escuchar ni el más mínimo canto de ningún pájaro, y al sacar la mano de entre las sábanas sentí el frío del invierno. El brasero que calentaba la habitación hacía horas que estaba extinto, apresurándose mi abuela a volverlo a prender. Decidí salir a la calle envuelta en una manta, deseando saludar al nuevo día.

Me encontraba en mitad de un extenso terreno donde una pequeña casa emergía de entre la tierra, con paredes de piedra y cubierta de teja rojiza. Y al mirar al cielo, noté cómo las nubes rozaban mi piel, inundando el inmenso techo que me cubría, ocultando el sol tras un océano de suave algodón. Las ramas de los árboles emitían su leve quejido al no poder soportar tanta nieve sobre sus cuerpos.

Mis ojos se llenaron de una bella imagen, un recuerdo que me ha acompañado durante todos estos años, dándome cuenta de que, en esos días pasados, donde la escasez era mi abundancia, ninguna de mis posesiones presentes consigue regalarme ni una brisa de ese afecto que antaño regaba mi alma.

31 LA LUZ QUE GUARDO

El sol se volvió mi enemigo, sus rayos abrasadores obligaron a ir despojándome de tanto tejido que me envolvía. Mi cuerpo no era el mismo que antes del invierno, una abultada barriga descubría lo que tan celosamente ocultaba. Empezaba a moverse en mi interior, retorciéndose, recordándome su presencia.

No pude vestirme esa mañana, me preguntaba qué podría hacer, a quién acudir que un buen consejo pudiera recibir. Entonces pensé en mi abuelo. Llevaba años peleado con mis padres y seguro que no contaría nada de lo que le dijera. Su casa estaba lejos, así que salí de inmediato hacia allí.

Le relaté mi triste historia, cómo mi novio se desentendió, que solo había dejado pasar el tiempo intentando esconder algo que era más grande que yo. Él permaneció calmado frente a mi asombro, cubriéndome de inmediato con un fuerte abrazo.

32 MI ESCONDRIJO

Escuché fuertes pisadas que subían la escalera, acercándose a casa. Ese incesante golpear iba acompañado de una voz desconocida que pedía que abrieran la puerta. Reconocí entonces la voz de mi vecino de abajo, preguntando qué pasaba, pero no oí la respuesta.

Ahora percibí unos ruidos en mi entrada intentando abrir. El miedo se apoderó de mí, lo que me hizo esconderme en el fondo del armario bajo unas grandes mantas. Lo notaba cada vez más cerca, sintiendo el crujido de la bisagra abriéndose, y cerré entonces los ojos. Mi corazón parecía que iba a salirse del pecho con su fuerte galopar. Me percaté de que mis pantalones empezaron a mojarse. En eso, percibí unas manos rebuscando entre las mantas que agarraron mi brazo tirando con fuerza.

No fui capaz de abrir los ojos hasta que escuché la voz de mi padre, al cual le costó bastante calmarme. Sabe que me asusta quedarme solo en casa.

33 EL DÍA DE VISITA

Muchas almas estaban bajo ese mismo techo esperando que llegara el nuevo día. La hermana Clara nos despertaba antes del alba, dándonos prisa para que pasáramos todos al lavatorio.

Era un pabellón con grandes pilas de piedra en el que, hacinados, intentábamos devolver el dulce rosado a la piel. El agua salía tan fría que mis manos temblaban al instante. Guardaba en el bolsillo un viejo peine de mi abuelo, e intentaba enderezar esos pelos de zorro que adornaban mi cabeza. Algo mejoró mi aspecto cuando la hermana me dio permiso para bajar al comedor.

Durante el desayuno no podíamos hablar, pero habíamos inventado nuestro propio código y las cejas no dejaban de bailotear de arriba abajo. Incluso mi amigo demostró su valía con un movimiento de oreja. El padre se dio cuenta, dándole un pescozón tan fuerte que su cara golpeó la mesa. Ese era el aviso; se había quedado sin poder ver a su madre.

34 TU LLEGADA

Andaba con mucha dificultad, sustentando esa valiosa carga en su vientre. Los pies los tenía muy hinchados habiendo abandonado hace tiempo los zapatos que tanto le gustaban. Ahora parecía una anciana de movimientos lentos y torpes. Con la compra colgada del brazo, tomó el ascensor.

El elevador se detuvo a los pocos minutos con una fuerte sacudida. La bolsa que portaba se rompió; todo quedó esparcido por el suelo. Ella sujetó instintivamente su barriga notando un tremendo dolor entre las piernas que iba ascendiendo por toda su espalda. A los pocos minutos, parece que cesaba todo, pero solo era la calma que precede la tormenta.

Un nuevo latigazo de dolor golpeó su cuerpo pretendiendo partirlo en dos. Por sus piernas empezó a resbalar un líquido que pronto empapó todo el suelo. Esa tortura no dejó de azotarla, sintiendo la necesidad de aliviarla, empujando a la nueva vida con todas sus fuerzas hasta que el llanto de un bebé clamó su cuerpo.

35 LA REACCIÓN

Arrodillado con las manos goteando sangre permanecía en silencio. No se podía creer lo que había pasado, todo sucedió tan rápido que ni un solo pensamiento pudo poner cordura. Él había matado.

Pero todo comenzó un día como otro cualquiera; esta vez llegaba demasiado tarde para recoger a su hija. La profesora lo esperaba con las manos cruzadas y con cara de muy pocos amigos. Sus disculpas no aliviaron la situación, aunque sí despertó una sonrisa en su pequeña.

Pasó la tarde en el parque, escuchando cómo se mezclaban las voces de los niños con el sonido de los árboles mecidos por la suave brisa. Había conseguido que su exmujer le concediera esos momentos con su niña. Sabía que encontrarte a tu marido follando con otra enfurece a cualquiera, sin embargo, su corazón de piedra se estaba ablandando.

Entonces, vio a un enorme perro abalanzándose sobre su hija, tirándola al suelo, mordiendo sin piedad su cuello, y solo pudo actuar.

36 UN PASEO AL RECUERDO

A las cinco de la mañana se levantaba todos los días, no tenía que ir a trabajar, pero era una costumbre. Bajaba a la calle con su perrita Linda a la que le daba un largo paseo. Ella siempre lo olisqueaba todo, con prisa por llegar al parque. Era una locura deambular tan temprano, aunque no le importaba lo que pensase la gente, y esperaba sentado en un banco ver amanecer entre los árboles.

Entonces, sacaba de su cartera unas viejas fotografías que nunca le abandonaban. En ellas se contemplaba a dos críos abrazados, con una sonrisa tan grande que se podían ver todos los dientes.

Necesitaba volverlo a ver y reparar ese día que los separaron con apenas cinco años. Su madre no se ocupaba de ellos, vagabundeando por las calles, semidesnudos, y con tanta hambre que robaron un par de manzanas de un puesto de fruta. Ese era el peor de los inviernos, pero su simple compañía era bastante abrigo.

37 PERDIDO EN LA NOCHE

Cerré la puerta de mi habitación de un portazo. Tenía su mano todavía marcada en la cara; me ardía al tocarla.

«Tengo que salir de esta casa», pensé mientras unas lágrimas resbalaban por mi mejilla.

No tardé mucho en coger algunas cosas y meterlas en mi vieja bolsa de deporte. Esperé a que todos durmieran para salir sin ser visto.

Anduve sin rumbo fijo durante un par de horas, empezando las calles a ser desconocidas, y eso me inquietó un poco, pero yo seguí caminando. Encontré un parque con grandes árboles, y al fondo, un pequeño estanque. Había un grupo de patos que dormían todos juntos, como una gran familia. Frente a ellos estaba un banco iluminado con una farola. Ese era un buen sitio para pasar la noche.

Unas risas me despertaron al poco. Me incorporé rápido, y vi que unos tíos se acercaban a mí. Uno de ellos, el más grandote, sostenía en su mano una botella de cerveza y me sonreía con descaro.

—¡Pequeñajo! ¿Qué haces aquí tú solito? —dijo aproximándose tanto a mí que su aliento movía mis cabellos.

Yo no sabía qué responder, y me quedé callado. Pero él se sentó a mi lado, y pasó su brazo por mi hombro. Empecé a notar su olor; una mezcla de tabaco y sudor pestilente. Me apretaba con fuerza hacia él mientras ponía su mano sobre la rodilla. Empezó a subirla despacio hasta dejarla en la entrepierna. Se acercó otra vez a mi oído, y me dijo que si quería pasar un buen rato.

Sin pensarlo dos veces, salí corriendo, regresando por mis pasos al sitio del que todavía no era momento de salir.

38 MI AMIGA LA PALMERA

Me desperté a mitad de noche con el estómago sin parar de gruñir. Me había acostado temprano para no oírlo y ahora empezaba de nuevo. Intenté encender la lámpara, pero no funcionaba. No era la bombilla. Ya no recordaba que no teníamos luz; tampoco era una sorpresa. Tenía mi linterna preparada en la mesita para esas situaciones, y era divertido deambular por la casa con ella. Mi madre estaba durmiendo todavía, así que preferí no despertarla dirigiéndome directamente a la cocina para ver qué encontraba de comer.

A pesar de eso, hoy era un buen día. Mi padre se había cansado de estar aquí, por lo que se marchó diciendo que había encontrado trabajo en otra ciudad, muy lejos. Bueno, esa era su cantinela cada vez que mi madre dejaba de darle el poco dinero que tenía.

Me gustaba disfrutar de la tranquilidad antes de ir al cole. Salí temprano de casa prefiriendo ir por el camino largo. Atravesaba un inmenso parque con enormes árboles, pero yo iba buscando algo en concreto, dirigiéndose mi vista a una gran palmera que llamó mi atención. En lo más alto de su tronco tenía algo tan deseado por mí, que esa misma noche apareció en mis sueños. Ya no estaban verdes, recordaba perfectamente su sabor del año anterior.

Dejé la mochila en el suelo y trepé hasta lo más alto. Saqué la navaja de mi padre y procedí a cortar un buen racimo de dátiles, que cayeron sin dificultad al suelo, llevándolo corriendo a casa. Mi madre al despertar sonreiría, y con ese pensamiento me marché al colegio.

39 ALCANZANDO LA LUZ

Sentí como unos brazos me sostenían acompañados de unas voces desconocidas, y una luz intensa me obligó a tener los ojos cerrados.

—¡Qué frío! —exclamé retorciendo mi pequeño cuerpo.

Escuchaba mis propios latidos acelerando el paso, al tiempo que una sensación de vacío rodeaba mi cuerpo, consiguiendo estremecerme. Todo sucedía muy rápido; mi mundo se rompía en pedazos por momentos, hasta que reconocí una voz, la de ella.

Me aprisionó contra su pecho, emergiendo entonces de mi interior una paz que lo colmó todo, pero algo rompió la calma: una necesidad apremiante y primaria de alimentarme.

Mis labios se abrieron hambrientos e inquietos rebuscaban sin éxito, hasta que ella me guio a su seno. Noté cómo llenó por completo mi boca, mi lengua saboreó ese dulce néctar regresando el sosiego.

40 EL DULCE ADIOS DE UNA MADRE

Tumbada sobre la cama, veía todo lo que se extendía sobre el horizonte. El sol empezaba a ocultarse, y los últimos rayos se reflejaban sobre la hierba seca. Un tono dorado lo iluminaba todo, y el suave viento lo hacía bailar a su son. Escuché a una bestia rugir a lo lejos. Sonó fuerte y profundo, acompañado del quejido de un animal. A mi mente vino la imagen de una gacela ensangrentada y la cabeza del león entre sus entrañas. Intenté pensar en otra cosa, pero entonces empezaron unos monos a gritar enfurecidos; se iban contagiando unos a otros, e iban aumentando de intensidad. Deseé estar en casa, la echaba de menos.

Todavía no entendía cómo había acabado en ese lugar perdido de la mano de Dios, todo el día entre gente que no me entendía. Este año, la cosecha había sido muy mala, como las anteriores. Las lluvias llegaron tarde y con demasiada fuerza; arrasaron con lo poco que teníamos. Intentamos plantar café y que nos ayudara a ir tirando, pero este año debíamos pasar sin ello. Con mi trabajo debía bastar.

Por las mañanas acudía la gente, sentándose sin apenas hablar en los bancos del porche. Lo único que se escuchaba era el llanto de algún niño. Esa mañana, el único bebé que había estaba en completo silencio. Su escuálido cuerpo apenas tenía fuerza para sostener su cabecita. Su madre se acercó entonces a mí; no tenía leche para amamantarlo. Le había dado leche de cabra con un poco de agua para que dejara de llorar. Al cogerlo, la fina tela que lo envolvía se cayó, dejando ver su pequeño esqueleto. Tenía bastantes picaduras de insectos, y respiraba con dificultad. Sus ojos, entreabiertos, apenas tenían fuerza. No se podía hacer nada por él ya. Se lo entregué a su madre, y le pedí que volviera a casa. La vi alejarse lentamente, susurrándole al oído algo que no entendía.

41 MI ALMA PERDIDA EN LA OSCURIDAD

Se levantaba muy temprano. Era su momento especial del día. Se acercaba a la playa cuando todavía no había salido el sol y se sentaba sobre su toalla. Al cerrar los ojos, el sonido de las olas se amplificaba en su cabeza, notando cómo la brisa peinaba sus cabellos. Y entonces, ella entraba de golpe en su mente, con sus severas palabras, con sus malas caras.

Llevaban quince años casados. Muchos días para una vida sin alegría, se repetía él cada mañana. Pero tenía algo muy grande en su vida; al fruto de su cuerpo, a la mejor hija que nadie pudiera desear. Desayunaban juntos en la mesa de la cocina y, de camino al cole, le daba tiempo a leerle un cuento en el metro antes de llegar. Alguna ventaja tendría no tener coche, se decía él a modo de consuelo.

En la despedida, y al verla marchar, borraba su sonrisa forzada. Trabajaba no muy lejos de ahí, en una oficina gris con muchos papeles en la mesa. Su jefe era un zoquete, pero lo podía manejar. Hoy tenía reunión con él a última hora del día. Iba a ser una jornada muy larga.

Llegó por fin a casa, la cual encontró en silencio. Recorrió habitación por habitación, pero no halló a nadie y se imaginó lo peor. Eso que tanto le repetía que iba a hacer, pero se lo quitó de golpe de la cabeza y pensó en otra cosa. Sus manos le temblaban y le costó marcar su número. El teléfono estaba apagado.

42 UNA VIDA ENTRE SOMBRAS

Vivíamos en una casa muy vieja, con el tejado lleno de agujeros y las paredes con desconchones, pero tenía una buena chimenea. Me aseguraba de que nunca le faltara la leña haciendo continuos viajes al bosque. Mi abuelo me había enseñado cómo encontrar buena leña; debía fijarme en los árboles más antiguos, pues sus grandes ramas no soportaban el peso de la nieve y quebraban. Simplemente tenía que recoger esas ramas del suelo. Las llevaba arrastrando hasta la parte trasera de mi casa, y allí, con mi hacha, les daba buena cuenta. Aunque esta era la peor casa en la que habíamos estado ese año. A mi padre no se le daba bien mantener los trabajos, así que nos mudábamos cada vez que le echaban de uno.

Los días en los que cobraba el jornal, mi madre me obligaba a ir a buscarlo a la puerta de su trabajo para que no se lo gastara todo en el bar. Ese cabronazo me sacudía hasta que no podía más. Pero yo era mucho más ágil que él y le metía la mano en el bolsillo. Apenas podía alcanzarme cuando empezaba a correr con el botín en mi poder. Mi madre se ponía muy contenta cuando le daba el dinero; ese día tendríamos carne para cenar. Aunque la mayoría de las veces volvía con la cara ensangrentada y las manos vacías. Esa noche no podía dormir.

Con la vista fijada en el techo pensaba que la vida solo me daba migajas para subsistir, y mis cansados pies no tenían ya fuerzas para seguir caminando. Debía seguir, pues al detenerme las sombras me encontraban, sintiendo que mi cuerpo se precipitaba en un abismo sin fondo. Mi rostro era demasiado joven para tanta carga, y las lágrimas lo acariciaban dulcemente.

43 ESPERANDO MI OPORTUNIDAD

Tumbado sobre una vieja manta, veía cómo entre las rendijas de la pared se colaban pequeños rayos de luz que indicaban el comienzo del día. Extendía su brazo acariciándolos con los dedos; una suave rutina al despertar. También tenía una pequeña ventana, pero con el cristal pintado, oculto del mundo. Él lo llamaba *el ojo que todo lo ve*. No tenía ningún recuerdo fuera de ese desván, pues desde su limitada existencia ese era el único mundo que había conocido.

Desde fuera parecía el mejor de los hogares: una casa grande, con amplio jardín y un automóvil aparcado en su entrada. Las finas cortinas dejaban ver a una jovencita preparando la comida, atendiendo a una amplia familia. Se había quedado sin madre a los quince años, aunque su pesar empezaba al anochecer, pues a esa hora notaba que en su cama una sombra siempre la visitaba.

Ella cerraba los ojos, obligando a su mente a viajar lejos, pero las lágrimas no cesaban de resbalar por su mejilla, y los sollozos eran acallados por una mano que le apretaba fuertemente la boca. Apenas podía respirar con normalidad, deseando despertar de una vez de esa pesadilla.

Pero cuando él se dormía, ella aprovechaba para visitar a su hijo: la única razón de soportar todos los días ese infierno. Era el niño más cariñoso que una madre pudiera pedir, y sus dulces besos le recordaban que debía intentarlo. No podía seguir allí por mucho más tiempo.

44 LA VIDA JUNTO A TI

Desperté mucho antes de lo habitual, no había dormido bien, pues mi compañera de cama había decidido no poner mucho de su parte esa noche con sus incesantes patadas. Sé que es muy pequeña todavía, siendo perfectamente normal que duerma conmigo, pero estoy empezando a precisar mi espacio.

Aunque debo confesar que necesito tenerla cerca, mimar su aterciopelada piel acercando mi mejilla, llenándome de ese aroma que solo un bebé desprende; y me entretengo mirándola mientras duerme, observando su plácida respiración y esa boquita medio entornada que pone. En ese instante, decido entregarme por completo, cerrando los ojos.

Pienso entonces que tengo mucha suerte de tenerla, regalándome todos los días una montaña de besos y un continuo goteo de *te quiero*, a la vez que sus bracitos intentan rodearme. Le gusta que nos quedemos un par de minutos congeladas en esa postura, cual estatuas de mármol, deseando que ese momento se extienda por una vida entera.

45 EN EL BAÑO CON LA TÍA GUCCI

Llegó la navidad, trayendo con ella las celebraciones en familia. A mi abuela le gustaba invitar a todas sus hijas alrededor de la mesa, y todo iba bien hasta que sacó los polvorones y el champán para celebrar ese día tan especial. Mi tía Gucci había bebido tanto que necesitó ir al baño antes de continuar tomando algo más. Mi padre, viendo que estaba mi madre distraída hablando, aprovechó la ocasión para seguir los pasos de mi tía, entrando tras ella en el baño.

Gucci se reía sin parar, dejando que mi padre la arrinconara junto a la pared. Ese momento lo había soñado durante tantas noches, que su miembro reaccionó al instante, queriendo emerger traspasando la fina tela del pantalón. Sus labios saboreaban su piel, acercándose cada vez más a sus senos; dos montañas libres de sus ataduras. Él se apresuró a desabrochar la camisa, lamiendo esos prominentes pechos que desbordaban sensualidad, mientras que sus manos levantaban esa minúscula minifalda, dejando ver sus escasas braguitas rosas que desprendió de su cuerpo con un fuerte tirón.

Le abrió las piernas, levantándola a peso. Ella se enrolló fuertemente al cuerpo de él, pareciendo una serpiente atrapando a su presa. Mi padre, en cada movimiento de cadera, hacía que gimiera más fuerte, pero ella, mordiéndose el labio, intentaba ahogar esa explosión continua de placer. Hasta que llegó un instante, solo un instante, en el que dejó escapar un lamento de su goce, escuchándolo mi madre desde el salón.

En pocos minutos, tenía a todas mis tías junto al baño, esperando a que saliera. Ella abrió la puerta victoriosa, bajándose la falda, y con una gran sonrisa en sus labios, mientras mi madre la miraba incrédula.

—¡No ha sido para tanto!, el pobre apenas ha durado tres minutos —bramó tan fuerte que todos los de la casa quedaron al tanto de la situación.

—¡Serás zorra! —exclamó mi madre mientras se abalanzaba enganchándola de los pelos.

Ambas terminaron en el suelo, iniciándose una pelea que no podía tener ningún ganador. Mi abuelo se apresuró a separarlas, intentando sin resultado que pararan. Pero era imposible frenar la situación, ambas se retorcían con manotazos, mordiscos y arañazos.

46 LA TÍA GUCCI

Apenas despuntaba el sol, despertaba la visita de la que no terminaba de desprenderme. Ponía su música ochentera a todo volumen, acompañada de fuertes golpes que al principio me preocupaban, pero ahora sé que son parte de ella. Desde la cocina lo escuchaba todo, y solo pensaba en cómo poder deshacerme de la tía Gucci.

Solterona empedernida, de cincuenta y cinco años, con tantos novios a sus espaldas como canas en su cabello. El último era un verdadero galán, pues todas las tardes le hacía llegar un gran ramo de flores acompañado de una bonita tarjeta. A ella no le gustaba nada tanta sensiblería, y se limitaba a tirarlo a la basura. No creo que le dure mucho.

En cambio, cuando mis colegas venían a ver el partido de fútbol a casa, parecía transformarse en una veinteañera. Se sentaba junto a Juan, mi mejor amigo, con su mejor ropa. Los botones de la camisa parecían que sufrían de lo tirante que estaba la tela, desbordándose los pechos por el escote. Y su minifalda era tan escasa que dejaba ver sus braguitas rosas. Mis amigos la miraban atónitos, al ser tan irreal la imagen que tenían delante de ellos.

Pero lo mejor de esa noche fue cuando arrinconó al pobre Juan contra la pared de la cocina. Él no sabía cómo reaccionar al ver que su boca se llenaba de los labios de ella. Al verlo sin apenas respiración, me interpose entre ellos.

—¡Gracias, colega!, pensaba que de esta no salía vivo —exclamó Juan.

47 UN ENCUENTRO INESPERADO

Cuando cerré la puerta dejé a mi tía tumbada en el sofá, tapada hasta las orejas con la que era mi manta preferida. Me dijo que no iba a salir esa noche, pues su novio tenía previsto viajar a Madrid para conocer a su última nieta, Mariela. Él quería que pasaran el fin de semana juntos y así formalizar la relación ante la familia, pero ella vio que tal paso era innecesario y prefirió guardar en lo más íntimo la existencia de ese amor.

No me fui muy tranquilo dejándola sola en casa, pero había quedado con unos amigos en un bar muy cercano para ponernos al día de las últimas novedades. Resulta que mi amigo Juan lo había dejado con su novia hacía unas semanas y debíamos animarlo un poco. Bueno, a la cuarta cerveza parecía que las penas le dolían un poco menos.

Mi móvil empezó a sonar, mostrándome el nombre de Gucci.

«¡Dios! ¿Qué querrá ahora?», me dije al tiempo que noté como una sombra se posaba en mí. Aunque esta vez no iba a sucumbir a sus tonterías e hice oídos sordos a sus incesantes llamadas.

Pero a los veinte minutos la vi traspasar la puerta del local enfundada en un vestido tan apretado que parecía que llevaba puesto el disfraz de *Catwoman*. Mi tía Gucci sabe llamar la atención, está claro que quería unirse a nuestro grupo.

Todos nos quedamos mudos con tal visión, acercándose decidida a nuestra mesa, y mi amigo Juan puso los ojos como platos al recordar cómo su lengua se introdujo en su boca sin ser invitada.

—Ya sabía yo que era práctico el haberte instalado en el móvil una aplicación para tenerte localizado —confesó para el asombro de todos.

CAPÍTULO 4: DIARIO DE UN ESCRITOR

48 HALLANDO SU DESTELLO

Fernando vivía con su madre, su padre y su hermano mayor, pasando la mayor parte del tiempo en soledad al carecer de ningún amigo de verdad. Por eso, muchas tardes, solía alejarse de la bulliciosa ciudad, refugiándose en un apartado parque engullido por la naturaleza. A él le gustaba sentarse en un pequeño puente colgante que sorteaba un río, dejando suspendidas sus piernas al son del viento.

Allí se pasaba horas mirando el transcurrir del agua, llegando la noche la mayoría de las veces, pero no quería volver a casa ya que allí nada bueno le esperaba. Y para entretenerse en esas largas tardes se llevaba un cuaderno y escribía poesía.

Un día, su profesora descubrió la libreta con esas hojas llenas de bonitas palabras, enfadándose mucho con él, sermoneándole sobre la ética y el no copiar textos ajenos haciéndolos pasar por propios. Eso le hundió por completo, yendo esa misma tarde al río para desprenderse de su querido bloc. No merecía la pena escribir, sintiéndose en ese momento tan perdido al haber tirado lo único que le hacía feliz.

Y allí, sentado, dejó que su mente se acallara escuchando solo el discurrir del agua, empezando a notar que un cosquilleo le acariciaba el pecho, queriendo hablar, pero sin utilizar palabras. Percibió que algo estaba dentro de él desde siempre, pero nunca lo había oído ni lo había sentido. Y eso a lo que no pudo ponerle nombre dejó una puerta abierta.

Hacia dónde os preguntaréis. Pues muy fácil, hacia nosotros mismos.

49 LA AMISTAD MEZCLADA CON ALGO MÁS

Con catorce años descubrí el amor. Yo era un alumno de primero y ella una auténtica revolucionaria de último año. Aunque no os lo creáis, la política nos unió.

Ambos, delegados de nuestros respectivos cursos, tuvimos que ir a un encuentro nacional de delegados fuera de nuestra ciudad. Hasta entonces me había conformado con sentarme a su lado en las reuniones, pero esos días todo cambió.

A las tres de la mañana alguien llamaba insistentemente a la puerta de mi habitación en el hotel. Cuando la abrí, me la encontré apoyada en la pared, con los ojos enrojecidos y ligeramente despeinada. Quería repasar nuestro discurso del día siguiente, llevándome a rastras al cuarto de la limpieza del pasillo. No me dio ni tiempo a ponerme los pantalones.

Con las prisas, cogí el cuaderno equivocado, y al abrirlo ella, descubrió lo que tan celosamente guardaba. Estaba atestado de poesías que rezumaban su nombre, describiéndola con todo detalle. Deseaba tanto besarla, que la proximidad hizo reaccionar a mi cuerpo.

50 EL REGALO DE LA NOCHE

Estuvimos solo un año juntos, pero nunca perdí la esperanza de que me viera de otra manera, no como un amigo. Un día dejamos de vernos, todo se quedó allí. Aunque la vida nos dio una sorpresa diez años después en un restaurante de Vigo.

Ella seguía con sus asuntos políticos, ahora como delegada sindical a nivel nacional de una gran empresa. Precisamente esa mariscada era la excusa para nombrar a los cargos sindicales de la empresa. Diez personas estaban reunidas frente a la mesa.

En cambio, yo estaba formándome como marino en la escuela militar. Este era mi cuarto año, y precisamente ese viernes celebraba mi cumpleaños junto a cinco de mis compañeros. Todos con nuestros relucientes uniformes de botones dorados les cortamos el rollo. Ya sabéis que los sindicalistas no son muy amigos de los militares.

Pero la fortuna no nos sonrió hasta el final de la noche, cuando ella alzó la voz y la reconocí de inmediato. Las piernas empezaron a temblarme y al girarme la tenía justo detrás de mí, toda la noche, sin saberlo. El tiempo se detuvo al iniciarse ese largo abrazo que nos unió. Las palabras sobraron, resbalando por su mejilla unas lágrimas que jamás había visto antes.

51 LA VOZ DE MI CORAZÓN

Su foto la llevaba a buen recaudo, acompañándome en todas las comisiones. Esta era la primera vez que pasaría tantos meses fuera de casa; estaba cruzando el Pacífico. Yo formaba parte de la dotación, ya sabéis que siempre vamos al montón, sin un momento de soledad.

Pero por la noche, cuando el barco estaba en silencio, con la ayuda de una linterna la observaba durante horas, imaginándome qué estaría haciendo. En su vientre crecía nuestro primer hijo, el fruto de esos besos que me completaban tanto. Necesitaba tocarla, sentirla cerca, que retornaran las caricias. Ese era mi sueño, el que tenía al terminar el día.

Así que, mi manera de comunicarme con ella era escribiendo, y una tras otra las hojas de mi cuaderno se llenaron de palabras, surgiendo de mi interior casi sin esfuerzo, contando historias cada vez más complejas. Nació el escritor que soy hoy.

52 EL BROTE DE UN MAÑANA

Paseando, hallé un pozo con una embocadura formada con grandes piedras, tan ennegrecidas, que con el rocío de la mañana se veían hermosas. Era extraño encontrar aquello en medio de la nada, lo que me intrigaba desde el primer instante. Sin embargo, desde ese sitio podía ver el valle al completo, y cómo nacía la montaña, poblándose de un tupido bosque al ir ascendiendo hacia su cima. Así que lo hice mío, y durante los días que permanecí allí me dediqué a simplemente estar, hasta que una tarde, a lo lejos, junto al río, observé lo que parecía la figura de una mujer.

Curioso, decidí acercarme ocultando mi presencia tras unos zarzales. Era una hermosa mujer bañándose en las frías aguas. Tenía una larga melena negra que le cubría su espalda, llegando a acariciar sus nalgas con el movimiento. Su piel, tan blanca como la nieve, mostraba una imagen ilusoria que me desconcertaba, pero sus ojos me descubrieron.

Entonces, mi corazón comenzó a golpear cada vez con más fuerza a cada paso que daba ella en mi encuentro, y me sobresalté tanto, que tropecé cayendo hacia atrás. Ella sonrió al ver mi torpeza y me ayudó a incorporarme. No dejaba de escudriñar mis ojos sin importarle apenas su desnudez, y me regaló el mejor de los besos jamás saboreado.

«¡Dios! Es imposible que me desee», ronroneó mi mente intentando procesar lo que estaba pasando.

Sus caricias traspasaban mi ser, calando tan hondo, que mis entrañas ardían deseosas de que culminara adentrándose en su carne. Pero ella se detuvo, susurrándome algo al oído que no me gustó, que detesté en el acto.

En eso, desperté súbitamente apoyado junto al pozo, con mi libreta en la mano y un montón de arrugadas hojas sembrando el lugar.

«Debo dejarla marchar», aliviaba ese pensamiento mi pesar.

53 EL TRABAJO

Las horas pasaban lentas cuando mi única ocupación era custodiar unas cajas, montones de ellas que veía noche tras noche. No era el mejor de los trabajos, pero lo suficientemente bueno como para poder tener tiempo para escribir y pagar las facturas que se acumulaban en mi maltrecha cuenta.

En cambio, una noche, la persiana se abrió, entrando un Mercedes último modelo con sus cristales tan ennegrecidos que no podía ver su interior. Terminó por detenerse prácticamente a mis pies. Entonces, la puerta trasera se abrió y bajó la mujer más atractiva que había visto en toda mi vida.

Se acercó a mí pidiéndome que la acompañara, pues según ella ya era momento de ascender en la empresa. Aquello no pintaba bien, y me empezaba a cuestionar qué demonios contenían aquellas cajas. La mujer me indicó con la mano que entrara en el vehículo, y lo hice, a pesar de que una vocecita en mi interior gritaba alto y claro que no lo hiciera.

Tras varias horas metido en ese coche, llegamos a un gran edificio al que entramos por una rampa en un sótano. La mujer no pronunció palabra, así que me limité a seguirla hasta el ascensor. Marcó la planta veinte, y cuando las puertas se abrieron un centenar de camas de hospital llenas de gente me abrumaron.

«¡Joder!, ¿dónde estoy?, espero salir vivo porque aquí tengo mucho para contar», pensé mientras la mujer me llevaba a una habitación al final de la sala.

54 LA MANO AMIGA

El viento se levantó de repente, acompañado de unas finas gotas que comenzaron a mojar mi ropa. Corrí hacia la entrada de un edificio intentando parapetarme de las intensas ráfagas. El aire hacía que la lluvia me envolviera como una nube. Esa era la primera noche que pasé a la intemperie.

Un camión de basura pasó, viéndome temblar como un gorrión sin nido. Aparcó su vehículo muy cerca, y su conductor se aproximó con un termo de humeante café hacia mí. No era la primera vez que ayudaba a gente de la calle, y mis manos agradecieron la bebida caliente haciéndolas cesar en su tintineo.

El buen hombre me pidió que subiera a la cabina con él, pues no era noche para que nadie estuviera sin hogar. Y la sorpresa vino entonces, cuando le expliqué que debía estar ahí para sentir la noche en mis carnes y escribirlo con detalle.

—Llevo años trabajando en las calles cuando todos duermen, y esta es la primera vez que me encuentro a un escritor inspirándose. Mi mujer no se lo va a creer cuando se lo cuente —dijo mientras se marchaba riéndose.

55 SACUDIENDO EL FRÍO DE LA CALLE

Pasar la noche deambulando resultó ser lo más duro que he hecho en mi vida. La sensación de desamparo te penetra hondo e intensamente, instalándose como el frío acumulado por mi cuerpo esa larga noche.

En cuanto salió el sol me dirigí a la cafetería donde desayuno todas las mañanas antes de ir a trabajar. Estaba muy cansado, por lo que dejé mi cabeza reposar en la mesa. La joven camarera me miró desconcertada; había llegado dos horas antes de lo habitual. Llevaba una minifalda que dejaba ver mucha piel. Al terminar mi café me acerqué a la barra para hablar con ella.

Me encantan sus descansos de quince minutos y hoy necesitaba uno, aunque quizás de veinte. La arrinconé en el baño, apoyándola sobre el lavabo. Mientras nos besábamos le sujeté una pierna, y aparté sus braguitas. Noté cómo entraba hasta el fondo y sus gemidos eran combustible para mi autoestima genital. Ya estaba preparado para empezar el día.

CAPÍTULO 5: REDESCUBRIENDO LA VIDA

56 EL REFLEJO DEL AYER

Los días pasan arañando poco a poco la superficie de un cuerpo usado, consumiéndose, transformándose en una vaina inservible. Aunque dentro hay algo que sigue golpeando con fuerza, deseando ser visto como verdaderamente es, pero su voz, un hilo apenas inaudible, pasa desapercibida.

El resto de las vidas, almacenadas en ese gran edificio, deambulan por los pasillos, sintiéndose parte de sus paredes más íntimas, ocupando un espacio nada más. Sin embargo, al llegar el fin de semana, tímidas sonrisas brotan en los rostros de algunos asilados, ellos, los más afortunados, reciben visita, arremolinándose en torno al calor de un hogar extinto.

Mis ojos, hambrientos de cariño, devoran esas imágenes tan reales antaño, pero que desaparecen como un espejismo en el desierto al ser traídas al presente. Entonces, emanan un sin cesar de lágrimas que caminan por mi piel, que intentan en vano consolarme con sus caricias. Algunas de ellas caen sobre una vieja foto que sostengo en mi mano, en la que se vislumbra una hermosa joven abrazada al más afortunado de los hombres.

—Desearía verla otra vez —murmura el anciano al tiempo que sus cansados párpados claudican.

57 LA DESPEDIDA

Manuel no se encontraba en la residencia por obligación sino por decisión. No soportaba estar más tiempo solo en casa, todo le recordaba a ella. Hacía cinco años, siete meses, dos semanas y cuatro días que la perdió.

Intentaba animarse con sus libros, sus largos paseos, pero no era lo mismo. Hasta que esa mañana vio cómo Candelaria se despedía tan apenada de su nieta en el *hall*.

No dudó en presentarse con premura, pues a sus años no hay tiempo que perder. Hizo de guía, mostrándole todas las instalaciones, y estuvieron hablando ese primer día hasta las tantas de la noche. Bueno, escondidos de la enfermera, pues tenía malas pulgas.

Candelaria estaba preocupada por lo que empezó a sentir, su viejo corazón de noventa años comenzó a latir con tanta fuerza que había momentos en los que creía que se le salía del pecho, y cuando cogía la mano de Manuel unas mariposas parecían alterar su estómago.

Por desgracia, llegaron las navidades y ambos debían estar un tiempo separados. Esa última noche juntos quedaron en verse.

Ella estaba muy nerviosa cuando se metió en la cama de él. Ya no recordaba cuándo fue la última vez, y comenzó a reírse tanto, que la enfermera entró enfurecida a poner orden.

—¿Qué pasa aquí! —espetó la enfermera con tanta brusquedad que las palabras le salían atropelladas.

58 LA LLAMADA INESPERADA

La mesa estaba completamente engalanada para la cena de Nochebuena, incluso unas pequeñas velitas adornaban la estancia. Candelaria estaba pasando unos días en casa de su hija mayor, abandonando por tanto la residencia y a su nuevo amigo, Manuel. Pero antes de despedirse se pasaron sus teléfonos. Bueno, ella no tenía móvil, aunque su nieta Elisa sí, uno último modelo, y había memorizado su número hacía un par de años.

Pasó toda la noche mirando a su nieta Elisa, pero su teléfono siempre lo tenía a buen recaudo, hasta que sacaron una bandeja llena de dulces y se lo dejó olvidado sobre la mesa. Candelaria se apresuró a tomarlo prestado, dándole buen uso en el baño.

Sentada en el váter, trasteaba aquel aparato sin resultado ninguno. Aquello era imposible de descifrar. Inesperadamente, empezó a sonar y apareció la imagen de Manuel en un círculo que se movía. Sin saber cómo, pudo verlo sentado en su sillón. Fue inmensa la alegría, pues llevaban varios días sin verse y tenían muchas ganas de contarse tantas cosas.

El baño estuvo ocupado durante bastante tiempo, tanto, que su hija volvió a hacerle de nuevo esas infusiones. Candelaria se las tomaba con gusto, guardando así su gran secreto.

59 EL VIAJE DE SU VIDA

Manuel se levantó esa mañana mucho antes de que saliera el sol, cansado de pensar en por qué la vida le negaba la oportunidad de vivir junto a Candelaria. Descubrieron una felicidad que se pensaban que no encontrarían a sus años, volviendo a sentir los estragos del amor. Así que tomó cartas en el asunto, decidiendo formalizar la relación como bien le enseñó su padre cuando era joven.

Estas navidades, su hijo mayor invitaba a toda la familia a su nueva casa en Madrid, e insistió en que fuera, pues todos los años Manuel le ponía cualquier excusa para no viajar, aunque sabía perfectamente que la distancia entre Alicante y Madrid no era el problema. Pues con ese pensamiento en su cabeza, llevó su coche al taller, preparó la maleta y pasó a recoger a su querida Candelaria.

Nunca había salido con su vehículo de la provincia de Alicante, pero ese reto le rejuveneció enormemente. Además, los coches modernos tienen navegador GPS para llevarte a donde quieras, e introduciendo con facilidad la dirección de su hijo se puso en camino.

La gran travesía marchaba estupendamente, pues ambos amenizaron el trayecto con confidencias y muchas risas, haciendo sin lugar a duda las paradas de rigor. Estrictamente cada hora y media, pues Candelaria no podía pasar más tiempo sin ir al baño.

El trayecto llegó a término cuando el *chisme* del coche dijo al fin:

«Gire a la derecha y habrá llegado a su destino».

Pero aquello no era posible, pues se encontraban frente a una hermosa playa con un inmenso cartel que decía:

Bem Vindo ao Algarve.

60 ATESORANDO UN VACÍO DEVASTADO

Vuelvo a casa ocultando mis lágrimas del rostro, intentando obligar a mi mente a que me lleve al mejor recuerdo que tengo, llegando entonces a un precioso bosque. Los gigantescos árboles, ancianos ya, se agitaban grácilmente emitiendo un sonido que viajaba por el aire hasta mis oídos. Me gustaba cerrar los ojos, escuchando, sintiendo cómo esa vibración que podía casi tocar va penetrando en cada célula de mi cuerpo. Eso me anima, consiguiendo que mi corazón deje de aporrear mi pecho, aminore el paso, calmando mi respiración.

Pero la imagen de Candelaria vuelve, cae como una pesada carga que no puedo soportar, viendo cómo extiende su brazo en un intento de no marcharse, de aferrarse a mí. En ese momento, sus labios empiezan a moverse queriendo decirme algo, y yo, al sostener su arrugada mano siento que algo se rompe dentro de mí, dejando de tener el control, cayendo en ese instante en el más profundo de los abismos.

El dolor araña desde dentro, queriendo ocultarse en lo más hondo de mi ser, preguntándose de nuevo cómo se puede amar tanto a alguien y no tener el control.

—¡No te vayas! —consiguen salir al fin esas palabras de mi garganta, desgarrándola.

CAPÍTULO 6: LA AMISTAD

61 A TU LADO

Pasaba las noches en vela, observando, leyendo, pensando qué sentido tenía la vida. Mi trabajo consistía en eso, en estar despierta, y bueno, en cuidar de un hombre todavía muy joven que tuvo la genial idea de saltar desde un acantilado empicado hacia el mar.

Tenía catorce años y quería impresionar a una chica con su gran valentía. Sus piernas ya no respondieron después de ese último paso. Ahora, ya habían transcurrido quince años y su existencia se limitaba a muy poco.

Impedido en una cama, malvivía lleno de tanto resentimiento que ninguna compañía era buena. Antes de mí pasaron más de una docena de personas, y a todas y cada una de ellas las amargó hasta que terminaron por marcharse. Mi caso era muy distinto, necesitaba el maldito dinero, y mucho. Así que, en su último intento por echarme, hablé con él.

—¡Seremos amigos y punto! —le dije mientras él me miraba riéndose.

62 ROMPIENDO LA SOLEDAD

Las vacaciones estivales habían comenzado siendo un auténtico problema para mis padres. Sus trabajos no ofrecían tanto descanso y se veían obligados a mandarme a quién me acogiera. Este verano, decidieron que me vendría bien un tiempo en plena naturaleza, es decir, sin internet, sin centro comercial, sin colegas... un rollo.

Cuando llegué, mi tío abuelo me esperaba en el porche, balanceándose en su mecedora. Al alzar la vista comprobé que esa casucha de troncos no mejoraba de cerca.

«Mi final ha llegado», pensé.

Los días pasaban limitándose mi existencia a visitar todas las tardes un gran lago rodeado por enormes árboles. Me posaba en la orilla, sobre una piedra y simplemente esperaba la llegada de la puesta de sol. Hasta que un día, alguien se sentó junto a mí; un chaval como yo.

63 UNA AMISTAD EMPLUMADA

Sofía, a sus cinco años, parecía toda una mujercita correteando entre los campos sembrados de su abuelo, pasando prácticamente todo el día jugando con su gallina. Bueno, había un perro en la granja, pero era muy viejo, apenas se movía, salvo cuando le llenaban el cuenco de comida.

Ella se acercaba al gallinero cuando apenas había despuntado el sol, llevando en su bolsillo unos granos de maíz para su amiga. La gallina, en cuanto aparecía la niña, pegaba un salto tan grande que parecía poder saltar la valla. Era inaudito contemplar una relación tan sólida entre ambos seres que ni pertenecían a la misma especie animal, pero así era.

En cambio, una mañana, cuando fue a dar de comer a su amiga, encontró todo el suelo lleno de plumas con algunas manchas rojas. No había rastro de ninguna de ellas, estando en absoluto silencio el lugar. Se quedó observando sin entender qué había pasado, hasta que decidió introducirse en la caseta que servía de ponedero, pues pensó que estarían durmiendo todavía. Su pequeño cuerpecito cabía sin problema por el mismo hueco que entraban ellas, pero al cruzarlo, descubrió con estupor el mutismo de su amiga.

64 TROPEZANDO CON ELLA

Cuando llegaba a casa del trabajo, Linda me esperaba junto a la entrada, con tanta prisa por salir que no me dejaba ni traspasar la puerta, escurriéndose entre mis piernas cuando le daba la última vuelta a la cerradura. Era una perrita muy lista, incluso cogía la correa con la boca para que se la pusiera. Caminaba durante varias horas; necesitaba despejarme y a Linda le encantaban nuestros paseos.

El vecindario estaba silencioso y apenas pasaba algún coche por la carretera a esas horas de la noche. Entonces, cuando nos acercamos al parque, pegó un tirón tan fuerte que la correa se escurrió entre los dedos. No se detuvo ni cuando la llamé muy serio. Me pareció muy raro, pues era la primera vez que lo hacía. Salí corriendo tras ella, adentrándome entre los árboles que rodeaban al pequeño lago artificial, hasta que la vi. Estaba junto a una joven que, de cuclillas, la acariciaba cariñosamente.

Me acerqué a ella mirándola con asombro, pues parecía entenderse tan bien con mi perrita que pensé que hasta se deberían conocer. Linda no se iba con cualquiera. En ese momento me fijé en que sus manos estaban llenas de rasguños y con las uñas ennegrecidas, y la ropa cubierta de tanta suciedad que no se distinguía bien de qué color era.

—¿Qué haces tan tarde por la calle?, deberías volver a casa —le indiqué al ver que era muy joven para vagabundear a esas horas de la noche.

—No tengo ningún sitio adónde ir —contestó sin dejar de acariciar a Linda.

Esa noche cambiaron muchas cosas para mí, pues no pude mirar hacia otro lado, siendo el único camino posible el tender la mano al que la necesita.

65 DE ALEGRÍA TAMBIÉN SE LLORA

Estas serían las últimas vacaciones en mucho tiempo y decidí visitar a mi abuelo. Él siempre me esperaba con los brazos abiertos; me gustaba mucho conversar con él. Contaba todas sus historias de cuando era marinero y me llevaba en su barco de pesca. Ahora ya era muy mayor para navegar, pero todavía conservaba su tesoro, como él decía.

Me levanté muy temprano y salí sin rumbo fijo. El mar estaba en calma hasta que me encontré con la isla. Al pisar la arena, me vinieron todos esos recuerdos. Allí iba con mis amigos. Encendíamos una gran hoguera y pasábamos simplemente el rato.

«¡Qué tiempos aquellos! Este será un buen sitio para pasar el día», pensé.

En cambio, cuando empecé a bajar las cosas del barco escuché el llanto de una persona. Curioso, me adentré en ella siguiendo ese lamento. Llegué hasta la orilla de un río, y junto a él, encontré una vieja tienda de campaña. Dentro había alguien. Necesitaba ver quién era y bajé la cremallera.

Una joven estaba tumbada sobre su saco y un charco de sangre la rodeaba. Primero no entendía qué pasaba, pero luego me di cuenta de que estaba a punto de dar a luz. Aquello no pintaba bien.

—¡Dios! Estoy jodido. Tendré que llevarla al hospital —exclamé llevándome las manos a la cabeza.

Pero ella no quería que la llevara a ningún sitio, tenía miedo de algo. Sin embargo, yo sí que estaba cagado. De nada me serviría mi licenciatura en derecho en este caso.

Entonces, empezó a gritar mucho más fuerte. Tomé valor para ver si ya salía el niño, y así era. Su cabecita asomaba. Las manos me temblaban y empecé a sudar. Me saqué mi camiseta para arropar a la nueva vida. Era una preciosa niña. Mis brazos calmaron su llanto, pero el que lloraba ahora era yo.

66 PERDIDA EN SU SOLEDAD

Alicia se había enamorado. Llevaba unas semanas hablando por chat, por lo que sabía al dedillo la vida de ese joven. Él tenía diecisiete años, vivía con su madre en una casa muy pequeña para todos los que eran, pero parecían felices. Le gustaba que él le contara los pequeños detalles de su vida, las peleas entre hermanos y también las anécdotas de su abuela. Quería tener algún día una familia; eso nunca lo había conocido.

La vida de Alicia era muy distinta. Cuidaba desde que tenía uso de razón a su madre. Siempre estaba enferma y con una salud tan débil que no podía levantarse de la cama. Muchas tardes, se tumbaba en la cama para hacer los deberes junto a ella, y cuando se cansaba, simplemente la miraba. En cambio, por la noche, cuando su padre llegaba la cosa cambiaba.

—¡Y la cena! —gritaba apenas la veía.

Esa falta no la iba a pasar por alto y lo pagaría bien caro, aunque procuraba no dejar marca en su piel.

No obstante, una mañana, decidió que debía hacer algo. Así no podía vivir por más tiempo. Metió lo poco que tenía en una mochila y se marchó de casa. Una vez montada en el autobús, lo llamó. Le indicó que se verían en el mirador del acantilado.

Ella lo estuvo esperando hasta que la noche llegó, pero nadie apareció. Tampoco contestaba a sus llamadas. No sabía su dirección y no conocía a nadie en esa ciudad.

—¡Qué voy a hacer! —exclamó.

Al día siguiente, una anciana la encontró acurrucada en el suelo.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó la anciana.

67 DESNUDANDO MI DOLOR

Escuchó un fuerte grito despertándole a mitad de la noche, quedándose quieto, observando e intentando pensar qué había pasado. Era su propia voz rompiendo el silencio, volviendo de nuevo las pesadillas y las largas noches.

Entonces se incorporó como pudo, descubriendo que no había sido un sueño. Sus piernas ya no estaban debiendo aceptarlo sin más. Aunque, cómo podría vivir un hombre sin ellas, las necesitaba para continuar con su vida, con esa profesión que le costó años consagrar. Pero el ejército le desechó, mandándole a casa con los mayores honores, aunque mutilado y apaleado como un perro sin dueño.

Sumido en las peores de las depresiones, se obligó a salir de casa todas las tardes con su silla de ruedas, cogiendo el autobús hasta llegar a la otra punta de la ciudad, donde un amplio parque le daba algo de paz. Bajo un árbol esperaba la llegada del ocaso como punto final a otro día. Pero esta vez algo rompió la rutina; encontró a un joven sentado en su lugar preferido.

Tenía el pelo largo y enmarañado, la ropa arrugada y con varias manchas en su pechera. Era un desastre andante. Sostenía una libreta entre sus manos, rodeándole un montón de papeles arrugados, lo que parecía un cementerio de ideas. Él, ni corto ni perezoso, se acercó a lo que podía ser su último servicio.

Resulta que le había dejado la novia hacía varios meses, negándole cualquier opción de reconciliación, y había estado todo ese tiempo sin poder escribir nada decente.

—Sin ella no soy nada —sentenció el joven.

—Lo importante nadie te lo puede quitar, créeme, pues lo estoy aprendiendo a la fuerza —le respondió señalando el lugar donde antes tenía unas piernas.

CAPÍTULO 7: FICCIÓN

68 EL ALIMENTO DEL ENGENDRO

Decidieron pasar su último día juntos en un paraje tan bello que parecía no ser real, rodeado de grandes árboles que se mecían con la suave brisa. Caminaron río arriba hasta encontrar un gran prado sembrado por cientos de florecillas. Ese lecho sirvió de apoyo para un encuentro que debía atesorar suficiente amor del que poder beber el tiempo que permanecerían separados.

Ambos continuaron ajenos a todo lo que les rodeaba, aprovechándose de tal regalo unos ojos que acechaban entre las sombras. Era un ser que apenas veía la luz del día, pero sintió la presencia de los jóvenes y sucumbió a sus instintos, esperando el mejor momento para actuar.

La noche alcanzó a la pareja todavía obsequiándose caricias, cubriéndolos la oscuridad como un suave manto. Notó entonces la chica que algo tiraba fuertemente de su pierna y la arrastraba hasta engullirla la maleza. Los gritos de ella se iban alejando tan rápido que al joven le fue imposible alcanzarla.

69 LAS LUCES DEL BOSQUE

Toqué el timbre de su puerta como muchas otras veces. Y de manera muy insistente. Así sabía que era importante mi visita. No tardó en abrir, y nos marchamos con la mochila llena de víveres. Buscábamos un gran árbol que crecía en lo más profundo del bosque. Nunca lo habíamos visto, pero mi abuelo contaba siempre su historia. Era mucha la curiosidad que teníamos. Nuestros ojos debían verlo.

Llegamos con dificultad hasta él; debimos cruzar un río que las últimas lluvias habían hecho más caudaloso. Mi amigo se caló hasta las orejas al resbalar por ese tronco que lo ayudaba a sortear, pero continuamos nuestro camino sin detenernos.

Nos impresionó verlo de cerca. Era inmenso. Sus grandes ramas se dirigían serpeantes hasta el cielo y sus hojas ocultaban a una bandada de pájaros anunciando el final del día. Nosotros, de pie junto a él, observábamos silenciosos el momento.

Mi abuelo nos contó que cuando el último rayo de sol rozaba sus hojas se podían ver las hadas que vivían en él. Pero la noche llegó y no vimos nada. Cabizbajos, nos sentamos junto a su tronco, y permanecemos en silencio.

Entonces, vimos que unas pequeñas lucecitas se acercaban lentamente hacia nosotros. Revolotearon curiosas sobre nuestras cabezas, y en mi hombro se posó una de ellas.

«Nadie nos va a creer», pensé yo.

70 SOMBRÍA EXHALACIÓN

Vivía en lo más profundo del bosque, tras unas inmensas montañas que frenaban los terribles vientos del norte. Su casa era una simple cabaña de madera que construyó con sus propias manos la primavera pasada. Carecía de cualquier comodidad moderna salvo por su preciada placa solar. La necesitaba para dar vida a su portátil.

Era un viejo ordenador que compró hace años, cuando todavía tenía trabajo. Pero no equivocarse, él no era escritor, había perdido la cordura persiguiendo algo que no existía. Bueno, eso le decía su hermana cada vez que le hablaba de la voz del bosque, de esos susurros que escuchaba en el silencio de la noche.

Se situaba en lo alto del más anciano de los árboles y dejaba su equipo de sonido bien atado a él. Grababa durante horas, registrando los murmullos de la oscuridad, hasta que una noche un grito le hizo despertarse súbitamente. Se acercó corriendo a comprobar el aparato el cual encontró destrozado en el suelo.

71 AL OTRO LADO

Parecía que flotaba como en un sueño, y desde lo alto veía un cuerpo tirado en el asfalto. Estaba destrozado bajo el amasijo de lo que antes era un coche. Escuché perfectamente cómo una ambulancia llegaba, hasta un camión de bomberos se personó. No había nada que hacer por mí.

Entonces, sentí que una intensa fuerza tiraba de mí, pareciendo que me había montado en un tren de alta velocidad. Esa sensación se detuvo de repente, envolviéndome una paz que me alcanzaba como los cálidos rayos del sol. Ahora estaba en otro lugar.

Mi mente quería traducir esas imágenes, pero solo distinguía formas geométricas en movimiento, colores de máxima viveza, tan brillantes, que parecían irreales. Percibí en ese instante que alguien estaba junto a mí, noté su cercanía y unas palabras resonaron en mi cabeza, que contestaba a preguntas no pronunciadas. Una amplia sonrisa nació en mi rostro, pues no era mi fin, sino una vuelta al hogar.

72 ADHARA

Un agradable olor a café recién hecho me despertó de mi sueño a las cuatro de la madrugada, y, desconcertado, pienso de inmediato en Carmela; esa mujer siempre me lleva un horario muy extraño en la limpieza, pero esta vez se ha pasado de la raya. Aunque es la mejor asistente que he tenido en años; creo que hasta he engordado de lo bien que cocina.

En cambio, no es a Carmela a quien encuentro en la cocina, pues una joven sentada con un café delante lo remueve con calma. Sus grandes ojos se fijan ahora en mí, reconociéndola de inmediato. Su larga melena color azabache es inconfundible.

—Tanto trabajo me está pasando factura —murmuro mientras me dirijo a mi estudio a continuar escribiendo.

Ella sigue mis pasos, situándose junto a mi escritorio. Ahora me sonríe, pues sabe que voy a contar su historia.

73 LA ACEDORA DE SUEÑOS

Marianela vivía en una casa minúscula con sus padres, sus tres hermanas, la abuela y un gato negro muy cariñoso. Carecía de habitación propia, como era de esperar, debiendo compartir cama con su hermana pequeña. Ella era muy revoltosa, costándole en demasía alcanzar el sueño. Así que todas las noches le leía un cuento, pero este era muy especial, pues no estaba escrito sobre ningún papel, salía directamente de su imaginación.

Aunque también quiero advertir que estas historias eran muy diferentes, pues en cuanto las palabras nacían de su boca se iban materializando al instante delante de sus ojos. Ella era una *hacedora de sueños*.

Esa noche le narró la vida del tío Gregorio, un anciano que se dedicaba a criar pavos para navidad. Tenía cientos de ellos, grandes y hermosos, pero una mañana, justo antes de llevarlos al mercado para venderlos, desaparecieron de su granja. El pobre hombre estaba hundido, siendo esto lo peor que le pudiera pasar. En eso, la niña empieza a ver unos pavos apareciendo por la puerta de su habitación. Entraban como si nada, uno tras otro, y hasta encima de la cama había pavos.

—¡Gregorio!, los pavos han venido a mi casa —exclamó la niña mientras Marianela se reía al ver a su hermana pequeña tan contenta.

74 MI PEQUEÑO MUNDO

Su nueva casa estaba junto a un gran lago, rodeada de grandes árboles que impedían que los fuertes vientos del norte la azotaran despiadadamente. Era muy antigua, construida con tablones y grandes vigas de madera, dos plantas de altura y una inmensa guardilla que, a pesar de su poca altura, servía de sala de juegos para la niña en invierno. Y allí empezó todo, en la peor de las tormentas soportada por esa edificación.

Sus padres estaban en la ciudad sin poder regresar por la crecida del río que inundó la carretera. La niña no tenía miedo, pues encontró un refugio en la buhardilla, pero estaba preocupada por el bienestar de ellos. Pasaron horas entre esas cuatro paredes, y cansada de la situación, empezó a rebuscar entre las pertenencias de los antiguos propietarios en un viejo baúl. Había muchas cosas dentro, llamándole la atención un álbum de fotografías en blanco y negro.

Unos veinte niños aparecían en esa foto que sostenía en sus manos, vistiendo ropas de una época muy lejana. Esa casa había servido como hospicio, pues en todas ellas se mostraban sus paredes repletas de vida. Y entonces, algo le llamó la atención en una de esas imágenes que mostraba la chimenea del salón. Estaba apagada, y se veía perfectamente en el fondo de ella una pequeña puertecita entreabierta y un niño entrando a gatas.

—¡Imposible! —exclamó al tiempo que bajaba corriendo escaleras abajo para comprobarlo con sus ojos.

Una vez delante de ella se metió dentro sin importarle acabar manchada de ceniza, empezando a golpear el fondo de esta con sus piernas con tanta fuerza que esa chapa de hierro cedió, abriéndose. Vio que una escalera llevaba a un sótano, y se coló como un ratón travieso en su madriguera.

Una vez dentro pudo encender un interruptor, iluminándolo todo a su paso, descubriendo por qué aquello había permanecido en secreto tantos años.

CAPÍTULO 8: ANIMALES

75 MI GRAN AMOR

Sus ojos se habían posado en mí; eran verdes, cargados de tanta intensidad que podían hacerte desviar la mirada. Permanecía quieto, observando, buscando una reacción en mi cuerpo. Eso me gustó y me acerqué más a él.

Sabe que deseo sus caricias en mi piel; ellas son la chispa que encienden la magia, que me recuerdan cuánto le quiero, cuánto necesito su compañía. Cierro los ojos dejando que mis pensamientos me lleven a ese primer día, a ese momento en que nuestras vidas se cruzaron.

Paseaba como cualquier tarde entre grandes árboles, perdido en mi mundo, pero entonces unos matorrales llamaron mi atención. Una pequeña criatura de apenas días emitía un leve maullido. Al sostenerla en mis brazos me di cuenta de que estaba muy enferma, hambrienta, abandonada a su suerte. Entonces decidí quererla.

76 EL DOLOR QUE NO CESA

A pesar de su condición animal, sabía perfectamente que era navidad, pues su gran amigo había vuelto a las andadas, dejando de comer algunas veces, de asearse e incluso de ir a trabajar poniendo las excusas más tontas que se te pueden ocurrir. Así que tenía que ponerse manos a la obra todos los días con él.

Al amanecer, empezaba a ladrar sin parar, recibiendo ambas zapatillas en la cabeza, pero seguía haciéndolo. A él no le quedaba más remedio que levantarse y ponerle el desayuno a su querida Linda. Aunque, ella no era tonta, y si se volvía a la cama continuaba hablándole en su idioma.

—¡Guau, guau, guau! —gritaba sin parar su adorada perrita.

—¡Vale!, lo he captado ya, voy a tomarme mi café y me iré a trabajar —farfullaba José como si el pobre animal le entendiera.

Sentada en el asiento del acompañante, Linda sacaba la cabeza por la ventanilla mirando el paisaje. Era el mismo camino que recorría todos los días, y estaba a punto de llegar a la temida curva, donde José, a pesar de pegar un frenazo, no evitó el temido desenlace. Un niño cruzaba la carretera por el peor de los sitios, y nada pudo hacer para remediar el doloroso desenlace.

Hacía más de cinco años de aquel 24 de diciembre, y su cuerpo estaba cubierto por una losa tan pesada de remordimiento, culpa y pena, que en ocasiones le impedía respirar con normalidad. Ya no le quedaban lágrimas en su interior, así que se castigaba a sí mismo.

77 LA DESPEDIDA

Observaba cada gesto en esos últimos momentos que la fortuna me concedía. No creía lo que me estaba pasando, debiéndome preparar para lo peor. Tumbada junto a mí en la cama, extendía mi mano acariciándola, intentando escuchar esa suave respiración que me había acompañado durante diez largos años.

Empecé a recordar su llegada a casa, tan inquieta y traviesa: consiguió poner mi mundo patas arriba. Aunque lo llenó de un amor nunca conocido por mi corazón, también sabían enfurecerme en igual medida.

Mordisqueó mis mejores zapatos; apenas dejó con vida la suela. En cambio, sabía perfectamente que esa mirada suya lograría un perdón de mi parte. Se acercaba rozando su lomo por mi pierna, cosquilleándome las puntas de los dedos con sus lametones.

«Nunca te olvidaré», pensé cuando su pecho permaneció inmóvil para siempre.

78 EL REGALO DE LA LUNA

La noche rodeaba la casa por completo viendo por la ventana cómo había llegado el momento que tanto deseaba. Debía ser silenciosa, pues a mi abuela no le gustaba que saliera a esas horas, así que esperé que Morfeo la cubriera con su velo.

Entonces, agazapada como un gato, me escurrí por la puerta, y con una linterna en la mano me aventuré por un pedregoso camino invadido por grandes matorrales. Estos eran inmensos arañando mi piel a su paso.

«Debí ponerme unos pantalones largos», pensé cuando mi mano acarició el último rasguño en mi pierna.

Mi sorpresa llegó en ese instante, pues vi unas pequeñas lucecitas que flotaban en el aire. Mi mente de seis años dedujo al instante que debían ser hadas del bosque que venían a jugar conmigo. Me quedé inmóvil esperando que alguna se acercara a mí, y eso pasó. Extendí la mano y un tierno ser de luz se posó en ella, notando cómo me cosquilleaba la piel al mover sus patitas.

Volví al poco rato a casa con la mejor de las imágenes guardada en mi memoria, pues nunca iba a olvidar esa magnífica noche.

79 LA SOMBRA DE UN AMOR

Esta mañana me he despertado muy temprano, tanto, que las estrellas lucen en lo alto todavía. Mi tripa ya me está diciendo que quiere comida, empieza con sus ruiditos y decido acercarme más a él.

Su respiración es lenta y pausada; abraza a su almohada tan fuerte que creo que agoniza. Me gusta mucho mirarlo y poso mi cabeza sobre su costado, olvidando mi hambre.

Un grito me vuelve a despertar. Él sueña. Siempre lo hace cuando está preocupado, pero esta vez dice su nombre. Eso me inquieta; pensaba que la estaba olvidando. No quiero que empiece otra vez, pues su mirada perdida y su tristeza son el preludio de días sentado en su sillón escribiendo una carta que nunca termina. Quiero consolarlo.

Mis caricias lo extraen de su ensoñación dando lugar a una sonrisa. Me aprieta contra su pecho, escuchando entonces el latido de su corazón que quiere acelerar el paso intentando galopar. Cierro los ojos y respiro profundamente:

«Él me quiere».

CAPÍTULO 9: VARIOS

80 EL SECRETO DEL LAGO

Era la primera vez que pasaría tantos días fuera de casa y esa noche no durmió pensando en su tienda de campaña. El autobús los llevó a través de las montañas a un sitio muy especial; un lago de agua cristalina rodeado de enormes árboles. Encendieron una gran fogata para preparar la cena, aunque más bien necesitaban calentarse antes de dormir.

A mitad de noche escuchó cómo alguien deslizaba la cremallera colándose una sombra en su tienda. Le tapó la boca, pero se apresuró a susurrarle al oído que no hiciera ruido, pues sería mucho peor. Él no entendía nada sucediendo todo tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar.

Al despertar, con los primeros rayos de sol, pensó que había tenido una terrible pesadilla, la peor de su vida y no le dio más importancia. Pero al vestirse encontró su pantalón de pijama roto.

81 UN DUELO POR GANAR

Por la ventanilla del coche miraba cómo la gente caminaba por la acera; ordenada y distante unas de otras hacia algún lugar mejor que mi destino. Hoy no había ido al colegio y mi padre me llevaba a ese gran edificio de grandes ventanas. Pasaría largo rato esperando a que la puerta se abriera y las batas blancas me observaran. Entre ellos hablan mucho, pero yo solo veo lágrimas, caras largas y luego un eterno silencio.

Me gustaría que contestaran alguna vez con sinceridad mis preguntas, sé que no lo hacen, solo me dicen que todo va bien. En el colegio, mis profesores me tratan de manera diferente poniéndome menos deberes y en los exámenes alguna ayudita extra tengo. Eso no me gusta, pues en el recreo se meten conmigo llamándome *el especial*. Tienen mucha razón y quisiera que mi mal se deshiciera como la bruma de la mañana al salir el sol.

82 SACUDIENDO LA SOLEDAD

Sentado en el banco de un parque, José pasaba su tiempo pensando en que, si la vida eran cuatro días, él ya había gastado tres y medio. Miraba a los niños jugar, a sus madres parlotando, al mundo en movimiento y eso le recordaba todo lo perdido. Entonces vio como una mujer se acercaba decidida hacia él, distrayéndole de sus cavilaciones.

Tomó asiento a su lado, sacó el móvil bien a la vista y empezó a teclear como si no hubiera un mañana. Curioso, comenzó a leer cuanto escribía, sorprendiéndose de lo interesante que se estaba poniendo la historia, queriendo que sus dedos fueran más veloces y descubrir el final. Pero le sonó el teléfono en la mejor parte de la historia. Ella cada vez alzaba más la voz e incluso se levantó y empezó a caminar agitando sus brazos. Recogió todo en su mochila, marchándose a toda prisa. José no podía creer lo que veía, y sin pensarlo, corrió hacia ella deteniendo su avance.

—¿Qué sucede al final?, necesito saberlo —le preguntó él mientras ella lo miraba sonriente.

83 LA VUELTA A CASA

Había bebido mucho esa noche cenando en compañía de sus amigas en ese restaurante que tanto le gusta. El coche lo tenía aparcado a una sola calle, pero decidió llamar a un taxi. Al día siguiente ya volvería a por él.

El taxista tardó muy poco en llegar, sorprendiéndose de la buena suerte que estaba teniendo. Era un chico joven que muy pronto le dio conversación. En cambio, a pocos metros de su casa, se desvió súbitamente. Ella le advirtió del error, sin embargo, proseguía su marcha a pesar de las incesantes veces que le pedía que la dejara bajar. Intentó también abrir la puerta cuando paró en un semáforo, descubriendo que estaban bloqueadas. Ahí empezó a preocuparse, volviendo a gritar que detuviera la marcha del vehículo, pero él continuaba alejándose de la ciudad.

Entonces, pensó en su móvil y los dedos intentaron marcar el número de la policía cuando él se lo arrebató.

84 SOMBRAS EN LA LUZ

Anoche soñé con un mundo de palabras; no había colores, ni formas y me costó acostumbrarme. Confundida y desorientada, pedí ayuda a un libro muy sabio. Su cubierta era de cuero muy gastado y estaba escrito en un lenguaje que al principio no entendía, pero era porque tenía los ojos abiertos.

Así que, ilógicamente, los cerré para poder leerlo. Entonces las palabras empezaron a brotar, ordenándose y contándome una historia.

—Todavía no me conoces, yo soy la vida —me dijo.

Esa voz hecha con tinta y papel habló durante horas, mostrándome tantas cosas... Algunas muy bellas, pero otras tan retorcidas y grotescas que me obligaron a mirar para otro lado. En ese preciso instante desperté suspirando aliviada, pues mi realidad no era tan dura.

85 DE RUTA POR EL MUNDO

Yo tenía una casa con piscina y pista de tenis. Una estupenda barbacoa para pasar el día con los colegas y una amplia cama donde follaba todas las noches con ella. Ahora todo eso ya no está. Mis amigos no me visitan, en la caravana no puedo darles bien de comer, y mi colchón resulta un poco duro para ella. Pero puedo respirar; tengo todo ese aire puro que entra en mis pulmones logrando calmar mi ser. Tampoco estoy más de siete días en un sitio. No quiero encariñarme.

Con un viejo mapa de carreteras consulto la mejor ruta. He retrocedido treinta años, lo sé. Aunque debo informaros de que no tengo móvil; lo tiré hace un par de días por la ventana, ya no tenía ganas de escuchar a mi madre dándome el sermón. Le escribiré una carta en cuanto llegue a algún pueblo. Primero quiero acampar en un lago que hay muy cerca de donde estoy. Me daré prisa, esta vieja carcasa no tiene buenos faros que iluminen el camino y ya es tarde.

Las estrellas empezaban a despertarse cuando un bulto en la orilla de la carretera llamó mi atención. Paré un poco antes de llegar. Quería observarlo primero. Parecía un perro, pero ni idea de la raza. Yo nunca he cuidado *bichos* de esos. Estaba muy mojado y sumamente sucio. Su pelaje era de un vulgar marrón. Me fijé en que llevaba tiempo sin comer al notarse sus costillas mientras respiraba. Lo envolví con una manta y lo apreté contra mi pecho para que se calentara. Abrió entonces los ojos, lamiéndome la cara.

86 LA SOMBRA DE LO QUE FUE

El sol se colaba por la ventana alejando las sombras en mi habitación. La casa todavía estaba en silencio, aprovechando para estar unos minutos más en la cama. Las obligaciones podían esperar hoy. Este era un día especial, mi cincuenta cumpleaños. Para una mujer era un número horrible, de los peores. El espejo era cruel, mostrando hasta el más ínfimo detalle; me seguía con la mirada, hasta hablaba contándome lo vieja que mi piel se mostraba. Dejé de mirarlo.

Mi celebración este año sería silenciosa. Una pequeña tarta con una vela marcaría el siguiente año en mi vida. Los invitados especiales no fueron avisados, no quise tampoco ningún regalo. Deseaba que el día terminara lo más rápido posible. Era lo mejor.

Mi atractiva figura resentía el paso del tiempo; mi estupendo rostro y magnífica melena ya no llamaban la atención. No soportaba mirar mi reflejo llegando incluso a odiar lo que veía en él, pues solo mostraba una inmensa tristeza instalada en mí.

El mundo que había conocido se descomponía en pedacitos imposibles de unir. Necesitaba un nuevo traje que portar, pues el mío no me gustaba. Empecé a rechazarlo como a una cría desvalida incapaz de enfrentarse al mundo.

Ese pensamiento creció en mi interior corroyendo y ensuciando todo a su paso. Mi alma nadaba entre esas cavilaciones que crecían como una feroz tormenta nublando su juicio.

La belleza se escapaba entre mis dedos. Era como intentar coger el agua con las manos, imposible hacerlo.

87 LA BELLEZA MARCHITA

El día empezaba con un café cargado camino del trabajo. La llegada del tren me despertó de mi ensoñación; no es bueno acostarse tarde un miércoles. Era puntual como siempre, aunque hubiera preferido que se retrasara por esta vez.

En el vagón las caras ya son mis amigas; eternas compañeras de viaje. Me gusta eso. La familiaridad. Pero había alguien más. A ella no la conocía. Atareada con su portátil, ni siquiera se percató de mi presencia. Entonces, vi mi oportunidad de sentarme junto a ella y la aproveché.

Curioso, ojeé lo que escribía tan afanosamente. Era escritora y no de las malas. Me gustó mucho lo que leí y no despecué mis ojos de la pantalla. Contaba la vida de una bailarina que había dejado muy atrás sus años de gloria, resignándose a una vida demasiado ordinaria. Su armario lo tenía repleto de vestidos para esas largas noches en el teatro.

Su cuerpo marchito echaba de menos las caricias que tan dulcemente le ofrecían. Había rechazado a tantos amantes que la soledad buscada le abrasaba el corazón, sintiéndose una necia. Pero, una tarde, paseando por el parque, lo volvió a ver.

Entonces el tren se paró y no tuve más remedio que bajar. «¡Esto no es posible!», pensé. Ahora no dejaré de pensar en la anciana el resto del día. Quiero saber el final. Escuché cómo retomaba la marcha el tren, percatándome de que ella me miraba mientras sus labios se despedían con una amplia sonrisa.

88 ESCUCHANDO LOS SECRETOS DEL VIENTO

El sonido de unos animales me despertó muy temprano. Era tal el silencio que me rodeaba, que podía escuchar hasta la caída de una rama; eso me gustaba. Apenas llevaba un par de noches en ese lugar y ya me había adaptado a esa vida. Aunque si la cabaña la visitara alguna de mis amigas, dirían que es de hace un par de siglos, pues para poder ducharme calentaba agua en un gran caldero, y unas placas solares me ayudaban a poder cargar el portátil. Pero esa vida empezó una noche que le di una sorpresa a mi novio.

Le puse como excusa que trabajaría hasta tarde y me presenté en su casa a las doce de la noche. Entré con mi llave sin hacer ruido, palpando las paredes hasta que encontré su habitación. Una vez allí me quité toda la ropa y me colé en su cama. ¡Qué error más grande! Estaba ocupada por una rubia de largas piernas. Apenas hablé con él; no merecía que gastara ni una sola palabra. Volví a mi apartamento con el corazón destrozado, mirando cómo mis pasos avanzaban uno detrás de otro, y al levantar la vista, vi a una persona durmiendo en un banco.

Era un viejo conocido. Cuando lo veía siempre estaba sonriendo y tenía una palabra amable para todos. Con los niños disfrutaba más y les hacía animalitos con hojas de periódico; todo un arte. Una manta con agujeros era su mayor posesión. Eso me hizo pensar. Y así terminé rodeada de grandes montañas con mi querido portátil, con el único propósito de escribir todos los días, de ver a dónde me llevaría eso, qué podría conseguir con unas simples palabras si les daba el orden que deseaban.

89 LA CAJITA METÁLICA

Junto a la puerta de esta ermita amanecí una fría mañana de invierno envuelto en una vieja manta. El cura me dijo que el ser tan follonero me salvó la vida, pues mi llanto era incesante y le desperté. El pobre hombre no tuvo más remedio que ocuparse de mí, aunque intentó por todos los medios colocarme en una buena casa, pero nadie podía hacerse cargo. Los años pasaron sin que apenas mi situación cambiara. Yo era el hijo del cura según las malas lenguas.

Cuando cumplí los catorce, el padre se enteró de que el mecánico del pueblo necesitaba un ayudante y lo hizo llamar a su despacho. Después de una conversación de una hora, ya tenía trabajo en su taller. Pero yo sabía que el mecánico no se podía negar, pues había estado con una jovencita las pasadas navidades que muy arrepentida fue a contarle al cura su gran pecado. Eso era lo que más me gustaba de vivir en la ermita. Me solía esconder muy cerca del confesionario y estaba al tanto de todos los asuntos de este pueblo. Nada escapaba a mis oídos.

Al día siguiente, me presenté muy temprano. Llevaba bajo el brazo un bocadillo que me había preparado y esperaba junto a la puerta hasta que apareciera mi patrón. Era un hombre muy gordo, con poco pelo en la cabeza, pero muy espeso en el resto del cuerpo. Además de coches, en su taller arreglaba cualquier cosa que tuviera motor. Era el manitas del pueblo. Una vez hasta una mujer lo llamó para que le pusiera un cuadro en su habitación. Bueno, la viuda del pueblo. Tardó dos horas en colgarlo.

Casi al final de mi primera jornada de trabajo, una joven entró. Llevaba una bolsa colgada del hombro de la que sacó una pequeña caja metálica. Era de su abuelo fallecido, que la guardaba con sumo mimo. La chica deseaba poder abrirla, pero le resultó imposible. Él la miró atentamente y le dijo que se pasara en un par de días que vería qué podía hacer. Mi jefe la dejó sobre la mesa y siguió a lo suyo. Pero yo, muy curioso, me acerqué a cogerla. Nada más sostenerla en mis manos se puso a vibrar y un ruidito sonaba de su interior.

«¿Qué demonios es esto?», pensé.

90 SEMBRANDO DUDAS EN MI NOMBRE

Llamaban insistentemente a la puerta, levantándome sin ni siquiera saber qué hora era. Cuando la abrí, dos policías me miraban fijamente. No creía lo que estaba pasando cuando me montaron en la parte de atrás del coche, camino de la comisaría.

Permanecieron callados hasta que me metieron en esa habitación donde comenzaron con el interrogatorio. Seguía sin entender nada, pero cuando me preguntaron sobre ella lo vi claro. Esa cabrona habría venido con el cuento de algo a la policía y estaba pagando el pato.

Tuve una fuerte discusión con ella hace unos días en un restaurante, algunos platos se rompieron, pero yo no le he hecho daño a nadie en mi vida. Ella se estaba acostando con mi mejor amigo en mis narices. ¡Joder!, no le iba a dar las gracias.

«Tenía que ser eso», pensé.

Entonces, sacaron de una carpeta las fotos de una mujer muerta, con la cara desfigurada y semidesnuda. La había encontrado un hombre en el pozo de su finca.

—¡Dios mío!, ¿Qué ha pasado? —dije de inmediato.

—Eso tendrás que contarlo tú —dijo uno de ellos.